4579

José Francos Rodríguez y Félix González Llana

FEDORA

DRAMA

EN CUATRO ACTOS, EN PROSA

SEGUNDA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913

4

FEDORA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FEDORA

DRAMA

en cuatro actos y en prosa

DE

VICTORIANO SARDOU

arreglado á la escena española por

JOSE FRANCOS RODRIGUEZ y FELIX GONZALEZ LLANA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 10 de Febrero de 1900

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA PRINCESA FEDORA ROMANOF....	Doña Rosario Pino.
CONDESA OLGA SOUKAREF.....	Concepción Suárez.
SEÑORA DE TOURNIES.....	N. N.
BARONESA OCKAR.....	N. N.
LORIS IPANOFF.....	Don Emilio Thuillier.
DE SIRIEX.....	Donato Jiménez.
GRETCH.....	Luis Echaide.
ROUVEL.....	Fernando Porredón.
BOROF.....	Guillermo Arcila.
BERNARDO, ayuda de cámara.....	Ricardo Manso.
TCHILEF, joyero.....	José Ponzano.
DEMETRIO, lacayo (*niño de 15 años*).....	Srta. Josefina Blanco.
CIRILO, cochero.....	Don Rafael Barceló.
EL DOCTOR LORECH.....	Federico Gonzálvez.
EL DOCTOR MULLER (*personaje mudo*)..	Carlos Larraz.
WENCESLAO LASINKI (*ídem íd.*).....	Rafael Barceló.
BASILIO, criado.....	Carlos Larraz.
DOS AGENTES DE POLICÍA.....	Sres. Climent y Jacobo.

La acción en San Petersburgo en el acto primero.
Los tres restantes en París.—Época actual

Izquierda y derecha, las del apuntador

ACTO PRIMERO

El gabinete despacho de Wladimiro. A la derecha, en primer término, un balcón con vidrieras. En segundo término un mueble y más hacia el fondo la puerta que da sobre la antecámara. En el fondo de la escena una puerta bastante espaciosa que conduce al dormitorio de Wladimiro. La puerta está adornada con lujosos cortinones, un poco recogidos, para que puedan verse al fondo del dormitorio al pie de la cama, algunos muebles y un reclinatorio. A la izquierda el cuarto de vestir que comunica por una puerta con el dormitorio. En primer término, también á la izquierda, una chimenea encendida, y en segundo término la puerta del salón principal. Muebles lujosos, cuadros, armas, etc., etc. A la izquierda una escribanía y un sillón alto.

ESCENA PRIMERA

TCHILEF y BERNARDO. Ambos están sentados, el primero en el sofá y el segundo en una butaca y delante de ellos tienen una mesita con licores

TCHI. ¿Conque el señor conde se casa?

BERN. (Paladeando el licor.) Sí, señor Tchilef, se casa. (Con énfasis.) Nos casamos.

TCHI. ¿Un buen matrimonio, eh?

BERN. Soberbio.

TCHI. Algo de eso sospeché esta tarde cuando vi apearse delante de la tienda al señor conde para decirme con una sonrisa de lo más agradable: «Escucha, amigo Tchilef, aguárdame á las nueve de la noche. Tengo varios encargos que hacerte.»

612250

BERN. Es natural. ¿A quién mejor que al más rico y al más ilustre joyero de San Petersburgo había de comprar mi amo los regalos de boda?

TCHI. Eso mismo dije yo á Prascovia, á mi mujer: «Desengáñate, Prascovia, el conde Wladimiro Andrevicht tiene el propósito de casarse... Pero ella no era de mi opinión; al contrario, juraba y perjuraba que los encargos que pensaba hacerme el señor conde, serían para alguna de sus enamoradas. En esta disputa dieron las nueve, las diez, las diez y media, y ella, Prascovia, al ver que su excelencia no se dignaba aparecer por la tienda, decía con mucha sorna: «Mira, mira qué caso hace el conde de su nueva pasión; lo mismo que de las anteriores.» Alarmado á mi vez, creí haber entendido mal y vino aquí con el propósito de ver al señor conde.

BERN. No ha entendido usted mal, señor Tchilef.

TCHI. Entonces, ¿por qué no ha vuelto?

BERN. Algún olvido

TCHI. Es que tengo un pensamiento que me atormenta mucho, amigo Bernardo.

BERN. ¿Cuál?

TCHI. Que acaso haya ido á la tienda de ese maldito Mirman, á quien Dios confunda.

BERN. ¿El joyero?

TCHI. Justo. Ese intrigante judío alemán que está siempre agazapado detrás de los cristales del escaparate para atrapar los clientes al paso como las arañas á las moscas.

BERN. Bah, ¡ni pensarlo siquiera! Mi amo no es capaz de hacer semejante infidelidad al señor Tchilef y á la bella señora Prascovia, mucho menos.

TCHI. Esas palabras me tranquilizan, amigo Bernardo. Mañana irá, Dios mediante... Lo principal es que se confirme la noticia, la gran noticia, porque aquí, para entre los dos la incredulidad de mi mujer se explica. El conde tiene una fama de galanteador...

BERN. Muy merecida. Y eso que donde había que verle era en París, cuando yo entré á su servicio, después de cierta aventura amorosa que le ocurrió en Rusia.

TCHI. Sí, ya sé, una bailarina que le quitó en sus

propias barbas al príncipe de Tilsits, el personaje más influyente de la corte.

BERN. Yo le aseguro á usted, señor Tchilef, que en esa época no se aburría el señor conde. Qué agitación, qué ajetreo y siempre dispuesto á volver á empezar. Un verdadero don Juan.

TCHI. (Haciendo un guiño malicioso.) Vamos, lo que se llama un buen amo.

BERN. El mejor de todos los amos posibles. La lástima fué que su padre, el general Yariskine, nos cortó los víveres y tuvimos que emprender la retirada á San Petersburgo.

TCHI. Y que tiene la mano dura el buen señor, ayudante de campo del Zar y director general de Policía. ¿Ha sido él acaso el patrocinador de ese matrimonio?

BERN. En este asunto no ha intervenido para nada la policía, sino el amor.

TCHI. ¡Ya! (Con curiosidad.) ¿Y quién es, quién es la hermosa prometida?

BERN. Es un secreto, un secreto doméstico. La cosa no se conoce todavía de un modo oficial. (Sacando el reloj.) Las once y media. Decididamente creo que haría usted bien en retirarse sin esperar al conde.

TCHI. (Mirando el chaleco de Bernardo.) Parece mentira que un joven tan distinguido como usted lleve tal objeto...

BERN. ¿Mi reloj? Un magnífico *Roscoff*.

TCHI. El reloj puede pasar. Hablo de la cadena, de esa abominable leontina de *doublé*, que es indigna de un parisiense. Yo no puedo permitir que una persona de su mérito use semejante adefesio. Mañana temprano, amigo Bernardo, tendré el honor de reemplazarla con un ligero cordón de oro de ley.

BERN. Muchas gracias. Lo conservaré como un recuerdo de nuestra buena amistad.

TCHI. ¿Conque decíamos que la prometida era...? (Con mucha curiosidad.)

BERN. El nombre no... No puedo decirlo... La discreción profesional me lo impide.

TCHI. ¡Bah!

BERN. Pero algunos detalles sí, para usted, nada más que para usted, por supuesto. Es viuda.

TCHI. ¿Rica?

BERN. Setecientos mil francos de renta.

TCHI. ¡Soberbio! Excelente negocio... Ea, que hay que añadir un lindo medallón como éste (Señalando el suyo.) á la cadenita de oro, el día de la boda, naturalmente... ¿De modo que es un matrimonio por amor?

BERN. Por amor, tanto como por amor... Ya sabe usted, señor Tchilef, que ahora estábamos con el agua al cuello, como suele decirse.

TCHI. Ya lo sé.

BERN. Y que teníamos necesidad de reponer fondos.

TCHI. Es decir, hablando en términos náuticos, que el buque hacía agua. ¿No es eso?

BERN. Por todos lados, amigo señor Tchilef. Afortunadamente la princesa...

TCHI. (Interrumpiéndole.) ¡Es una princesa!

BERN. Una princesa viuda, hace más de dos años, de un noble riquísimo, que consumió la existencia y una gran parte de su fortuna en la bebida. El proyecto de matrimonio entre mi amo y la princesa, no se ha hecho público todavía, para que los parientes del difunto no armen escándalo antes de tiempo.

TCHI. ¿De manera?...

BERN. Que dentro de tres semanas se casan y que en seguida iremos á París, donde pasaremos la luna de miel. Un viaje encantador, sobre todo para mí.

TCHI. ¡La patria!

BERN. Claro... Y además, que este clima es demasiado fresco para un francés.

TCHI. Un frío tan hermoso, un frío tan seco, un frío tan higiénico.

BERN. Corriente, pero demasiado frío... Luego que este magnífico imperio se deshace...

TCHI. ¡Cómo!

BERN. Sin duda. No se oye hablar más que de conspiraciones, de conjuras, de asesinatos.

TCHI. Y decir que yo he visto al difunto Zar Alejandro (q. e. p. d.), pasear por las calles como usted y como yo, amigo Bernardo. ¡Qué tiempos aquellos, qué tiempos más felices! Cuando leíamos en un periódico que se había tratado de asesinar á Napoleón III,

decíamos á coro todos los rusos: «Esos franceses qué salvajes son.»

BERN. Pues ahora se han cambiado las tornas.

TCHI. Sí; si no es posible negarlo. Y además, que en esta situación se vive en sobresalto perpetuo, porque uno no puede por menos de decirse cuando ocurre alguna catástrofe: «Si hubiera estado allí...» Yo... yo mismo pasé por el propio sitio que el Emperador Alejandro la víspera de su asesinato... Todavía me estremezco de espanto cuando lo recuerdo!

BERN. Pues esto no lleva trazas de acabar. Casi todos los días se descubre algún complot. Hoy mismo, sin ir más lejos.

TCHI. (Asustado.) ¿Eh?

BERN. (Cogiendo un periódico.) Oiga usted. (Leyendo.) «Esta noche la policía ha descubierto en casa del confitero Isakof, situada en la calle de San Pablo, una prensa clandestina y dinamita, en cantidad suficiente para hacer saltar el barrio.»

TCHI. ¡Dios mío!

BERN. (Dejando el periódico.) ¿Quién nos asegura que en este mismo momento en que charlamos con tanta tranquilidad, no están abriendo debajo de nosotros una mina para hacernos volar?

TCHI. (Levantándose asustado.) ¿A mí?

BERN. A usted no, precisamente, sino al conde, al hijo del director general de Policía.

(En este instante suena con fuerza el timbre de entrada y Tchilef hace un movimiento de sobresalto.)

TCHI. ¡Jesús!... Pues no había creido... Es el señor conde, ¿no es cierto?

BERN. No, no es esa su manera de llamar.

DEM. (Asomando la cabeza desde la puerta.) ¡La princesa!

BERN. (Retirando los licores y abriendo con precipitación la puerta del salón.) ¡Por aquí!... ¡Pronto!... ¡Por la escalera de mi cuarto!

TCHI. (Volviendo la cabeza con curiosidad.) Quisiera verla un momento... nada más que un momento.

BERN. (Empujándole.) No... Vamos... En seguida.

TCHI. Hasta mañana.

BERN. Adiós.

ESCENA II

FEDORA, BERNARDO y DEMETRIO, que acompaña á la princesa, y después se retira por la puerta del salón

FED. (Entra precipitadamente, vestida con mucho lujo y envuelta en una capa de pieles.) ¿No está aquí tu amo?

BERN. No, excelencia.

FED. ¿Ha venido durante la noche?

BERN. No, señora.

FED. ¿Dónde ha comido hoy?

BERN. En casa de Borel, con el señor conde de Praski y el genera Trelof. Después pensaba ir al teatro de la Opera.

FED. Sí, á mi palco; pero le he aguardado inútilmente toda la noche.

BERN. ¿Acabó ya la función?

FED. Ahora mismo.

BERN. Pues entonces no me explico. . El señor conde había advertido al joyero Tchilef que pasaría por su tienda de nueve á nueve y media.

FED. ¿Y no ha ido?

BERN. No, señora.

FED. ¡Le habrá ocurrido algún accidente!

BERN. Algún contratiempo nada más.

FED. ¿Ha vuelto su carruaje?

BERN. Creo que no. (Viendo al lacayo que vuelve por la izquierda.) ¿Ha entrado el coche, Mitia?

DEM. Aún no.

FED. (Inquieta.) ¿Dónde estará?

BERN. Si la señora princesa lo desea, enviaremos á preguntar.

FED. (Interrumpiéndole.) Sí. Que vayan á casa de Borel. La comida se habrá prolongado más de lo que ellos pensaban... Habrán hablado mucho, habrán fumado... habrán jugado quizá... ¡qué sé yo!

DEM. El señor conde no está allí. A las ocho y media estuve yo á tomar sus órdenes y le ví subir al carruaje.

FED. ¿Le ordenó al cochero que guiase al teatro?

DEM. No le oí decir nada, excelencia.

BERN. (A Fedora.) Voy á enviar un criado al Círculo. Está á dos pasos. Si el señor conde se encuentra allí, le diremos que le espera...

FED. (Interrumpiéndole.) Una persona.

BERN. Una persona que le aguarda con impaciencia.

FED. Y que está muy inquieta.

DEM. (Inclinándose.) En seguida.

FED. ¡Pronto! (Sale el lacayo.)

ESCENA III

FEDORA, BERNARDO

BERN. (Arreglando la chimenea.) Con el permiso de su excelencia. Hace un frío espantoso.

FED. ¿Es este su despacho?

BERN. (Retirándose para que Fedora se acerque á la lumbre.) Sí, señora. Aquel es el dormitorio y el de al lado el cuarto de vestir.

FED. ¿Hace ya mucho tiempo que estás al servicio del señor conde?

BERN. Cuatro años, desde París.

FED. Que abandonaste para acompañar á tu amo. Eso hace tu elogio y el suyo.

BERN. Es muy bueno para mí.

FED. Y para todos. (Cogiendo un retrato que está encima de la chimenea.) ¿Fué en París donde se hizo este retrato?

BERN. Sí, señora.

FED. (Mirando el retrato.) Es mejor el original.

BERN. Indudablemente.

FED. (Escuchando.) ¡Ah! ¿un coche?

BERN. (Acercándose y mirando por el balcón.) En la calle, excelencia.

FED. (Acercándose también y levantando las cortinillas.) ¿También ha nevado esta noche?

BERN. Sí, señora.

FED. (Volviendo hacia la chimenea.) ¿Acostumbra el señor á retirarse tarde?

BERN. Antes de conocer á su excelencia un poco, pero ahora no.

FED. Pues entonces su tardanza es inexplicable. Algo ha ocurrido.

BERN. Yo no quise decir...

FED. Lo digo yo. La tardanza del conde no es natural. Es ya la una de la mañana y estoy esperándole desde las nueve. ¿No sabes dónde está?

BERN. No, señora.

FED. Sin embargo, tú conoces sus hábitos y debes de sospechar, por lo menos, dónde se encuentra.

BERN. Acaso haya ido á ver al general.

FED. ¿A su padre? Eso no, me lo hubiera dicho

BERN. Algún asunto del servicio, quizá.

FED. ¿Estaba hoy de guardia?

BERN. No, señora; pero ha podido ocurrir algo imprevisto.

FED. Tampoco es eso. Me hubiera escrito.

BERN. Pueden haberse olvidado de llevar la carta.

FED. Es posible. ¿Ha venido alguien á preguntar por él?

BERN. Sí, señora. Después de haber salido el señor conde.

FED. ¿Quién?

BERN. No lo sé. No estaba yo en casa en ese momento.

FED. (Cada vez con mayor inquietud.) ¿Pero qué hace fuera á estas horas y con una noche tan horrible? Me pierdo en un cúmulo de conjeturas... Le ha ocurrido una desgracia, de fijo.

BERN. (Protestando.) ¡Señora!

FED. ¡Sí, no hay duda!... ¡Me lo da el corazón! Tengo ese presentimiento todo el día. En el instante mismo de salir para el teatro se me rompió la pulsera, y al venir aquí, la primera persona á quien tropecé en la calle fué á un Pope. Todas estas serán supersticiones, pero me intranquilizan mucho.

BERN. Yo suplico á su excelencia que no se atormente de ese modo.

FED. No hay razón para ello, ¿verdad? ¿Qué hace entonces ese criado que no vuelve? ¿Está lejos el Círculo?

BERN. A dos pasos.

FED. ¿Pues cómo no viene?

BERN. Excelencia...

FED. ¡Cuatro horas, cuatro horas interminables de espera!.. ¡Ya no puedo más!... ¡No puedo más!

BERN. (Mirando hacia la puerta.) ¿Demetrio?

FED. ¿Mitia? (Levantándose y dirigiéndose hacia el la cayo.)

ESCENA IV

Los MISMOS y DEMETRIO, que entra jadeante

DEM. (Con alegría.) Aquí está el señor.

FED. (Lanzando un grito de júbilo.) ¡Ah! ¡Por fin!

DEM. Cuando salía del Círculo vi á lo lejos el coche del amo y eché á correr para avisar á su excelencia. Ya está en el patio.

FED. No le digas que estoy aquí.

DEM. (Saliendo.) No, señora.

FED. (Sentándose en el sofá y con mucha jovialidad.) Me va á pagar caro el plantón... muy caro... Ahora verá la que le espera. (Vuelve la espalda hacia la puerta de entrada.)

ESCENA V

Los MISMOS, GRETCH, DE SIRIEX y dos Agentes de policía que se colocan detrás del primero

GRETCH (A Bernardo, rápido y sin ver á la princesa.) El dormitorio del señor conde, pronto.

BERN. (Designando el del fondo.) Aquel... ¿Qué sucede?

GRETCH (Viendo á la princesa.) ¡Silencio!... ¡Acompáñalos! (Bernardo sale rápidamente seguido de los Agentes por la derecha.)

FED. (Levantándose y volviéndose.) ¿Eh?... ¿Quién?... ¿No es él?

GRETCH (Con solemnidad.) ¡Señora!

FED. (Con espanto.) ¿Qué pasa?... ¡Wladimiro! (Levantando más la voz.) ¡Wladimiro!

GRETCH (Con el mismo tono.) Está allí.

FED. ¿En su dormitorio?

GRETCH ¡Herido!

FED. ¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Wladimiro! (Entra desesperada en el dormitorio, por donde se la ve ir y venir como una loca.)

GRETCH (A Bernardo, que ha vuelto á entrar.) ¿Quién es esa señora?

BERN. La princesa de Romanof. (En este momento aparece el Doctor Lorech seguido por un Agente.)

ESCENA VI

Los MISMOS, el DOCTOR LORECH y el Agente, que permanece en la puerta

GRETCH ¡Pobre mujer!

FED. (Saliendo del dormitorio.) Pronto... Un lienzo... Agua... ¿No oís? (Al Doctor.) ¡Ah, doctor, qué desgracia tan espantosa! (Entra en el dormitorio.)

LORECH (Quitándose el gabán de pieles.) ¿Qué hay? ¿Algún accidente?

GRETCH Un asesinato.

LORECH ¿El conde?

GRETCH Sí.

LORECH ¿Arma blanca ó arma de fuego?

GRETCH De bala.

LORECH ¿Grave?

GRETCH Muy grave. Todavía no ha recobrado el conocimiento, y como temíamos no encontrar á usted en casa hemos llamado también al doctor Muller.

LORECH Bien hecho (Al Agente, que lleva el estuche de cirugía.) El estuche... (Se lo da.) ¿Dónde está?

GRETCH (Señalándolo.) En ese cuarto... (Al entrar el Doctor sale Fedora levantando las cortinas.)

FED. ¡Por el amor de Dios!... ¡Pronto!.. ¡Doctor!...

LORECH Allá voy.

FED. Se está desangrando... Ni siquiera me ha reconocido. (Desaparecen ambos en el cuarto.)

ESCENA VII

Los MISMOS, BERNARDO y DEMETRIO

(La colocación de los personajes es la siguiente: Siriex, después de haberse quitado el abrigo, está de espaldas á la chimenea. Bernardo y Demetrio en el cuarto de vestir, cuya puerta permanece abierta y donde se les ve llevar agua, esponjas toallas, etc., etc., á Fedora, que recibe estos objetos desde la puerta de comunicación que une las dos habitaciones. Todo lo que pasa en el dormitorio donde se encuentra el herido es más bien entrevisto que visto por el público.)

GRETCH (Se dirige á Siriex, con quien queda solo en primer término y dice á media voz lo que sigue:) El caballero tendrá la bondad de dispensarme, pero

dado mi empleo, y ya que la casualidad le hizo asistir á tan triste espectáculo, me encuentro en la precisión de hacer á usted una pregunta. (Saca un cuaderno del bolsillo y un lápiz.)

SIRIEX Es muy justo... ¿Mi nombre, no es eso? Me llamo Juan de Siriex y soy agregado á la Embajada de Francia en Rusia.

GRETCH (Inclinándose y después de escribir.) Ese título basta, caballero... Muchas gracias.

SIRIEX Ahora, permítame usted también que yo le haga otra pregunta. ¿El infortunado Wladimiro, es acaso pariente del conde Yariskine, director general de policía?

GRETCH Es su hijo, caballero, y además hijo único.

SIRIEX ¿Tiene ya conocimiento de lo sucedido?

GRETCH Se le ha avisado por telégrafo, porque está con el Emperador en él palacio de Yaschini. De manera que no podrá llegar antes de una hora.

SIRIEX Demasiado tarde, quizá.

GRETCH Eso temo. (En este momento el doctor Lorech, después de enjugarse las manos con una toalla que le ofrece Bernardo, baja hacia la derecha y escribe sin sentarse.)

LORECH (Escribiendo.) ¡Un criado!

GRETCH No hace falta. ¡Basilio! (Se acerca el Agente.)

LORECH (Dándole la receta.) ¡Pronto!... A la farmacia más próxima. (En voz más baja.) Que avisen también á un sacerdote. (Al entrar Lorech en el dormitorio después de haber salido el agente, se encuentra á Fedora, que ha entrado en la escena mientras él escribía.)

FED. (Mirándole fijamente.) ¿Cómo está?

LORECH (Haciendo ademán de marcharse.) Grave, por desgracia.

FED. (Con voz alterada y deteniéndole.) ¿Muy grave?

LORECH Más de lo que yo creía. (El mismo ademán.)

FED. (Volviendo á detenerle.) Pero no es un caso desesperado, ¿verdad, doctor? Es muy joven, y á su edad se resiste todo... Además, usted le salvará, ¿no es cierto? (Cogiéndole las manos. Entra el doctor Muller.)

LORECH (Al ver á Muller se dirige á él y se lo lleva hacia el dormitorio, hablándole en voz baja. Fedora trata de entrar con ellos.) No es posible... Tenga usted

la bodad de quedarse... Yo se lo ruego. (Entra Muller.)

FED. Puedo ser útil.

LORECH Bueno, pero lejos de ahí, princesa. Lo que Muller y yo tenemos necesidad de hacer es muy doloroso.

FED. No me conoce usted, doctor. Tengo mucha presencia de ánimo... Ya usted lo ve... Mis ojos están secos... Nada, ni siquiera una lágrima.

LORECH No insista usted, princesa... No puede ser, por interés del enfermo, por interés de todos. (Con mucha dulzura.)

FED. (Sollozando.) ¿Tan horrible es la operación que no puedo presenciarla yo?

LORECH Señora...

FED. Y nadie á su lado para infundirle valor, para darle alientos... ¿Y si él me llama?

LORECH En ese caso, avisaríamos á usted en el acto.

FED. ¿Me lo jura usted?

LORECH Lo prometo, señora. (Entra en el dormitorio. La princesa le sigue con los ojos, y después se deja caer en una butaca, hacia la izquierda, llorando silenciosamente y mirando con ansiedad á la puerta del cuarto.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS, menos LORECH y MULLER

GRETCH (A Bernardo, en voz baja.) Necesito una habitación apropósito para comenzar el interrogatorio mientras llega el general.

BERN. (Señalando la puerta del salón.) Allí... en mi cuarto.

GRETCH Pero antes quisiera hacer una sola pregunta á la princesa.

BERN. ¿En el estado en que se halla?

GRETCH Es una pregunta muy importante.

BERN. Voy... (Acercándose á Fedora con timidez.) Señora. (Fedora se vuelve.) Pido perdón á su excelencia, pero el señor, que es jefe de policía, desea...

FED. (Sin dejarle continuar se levanta y se dirige á Gretch.) ¿Dónde está el asesino?

GRETCH No hemos podido dar con él; es más: todavía ni sospechamos siquiera quién puede ser. (Gesto de Fedora.) El señor conde no estaba en situación de declarar, y hasta ahora no hay un solo indicio.

FED. ¿Fué herido en la calle?

GRETCH No, señora. En una casa deshabitada del barrio de Basiloski, casi en las afueras.

FED. ¿Una emboscada?

GRETCH Sin duda. Yo desearía que la señora princesa tuviese la bondad de decirnos si el señor conde ha dicho algo que pudiera ponernos sobre la verdadera pista. (Fedora hace signos negativos.) Por ejemplo, un nombre.

FED. Ni siquiera el mío.

GRETCH ¿Tenía algún enemigo el señor conde?

FED. ¿El? No, ninguno.

GRETCH ¿Tampoco le oyó su excelencia manifestar ciertos temores en estos últimos días? (Fedora vuelve á decir que no con la cabeza.) Pido de nuevo perdón á su excelencia. Ahora interrogaré á los criados en la habitación inmediata. (Hace ademán de marcharse.)

FED. ¿Y por qué no en esta?

GRETCH ¿Su excelencia permite?

FED. Sí... Quiero oirlo todo. (Gretch se inclina y se sienta delante de la mesa. Mientras tanto Fedora sube hasta la puerta del dormitorio y vuelve á escuchar con ansiedad.)

GRETCH (Al agente Ivan.) Escribe. (Toda esta escena se debe de decir á media voz, como se haría en la vida real cerca del cuarto de un enfermo grave. Gretch, desde su asiento, hace señas á Bernardo y á Demetrio para que se acerquen. Los demás criados de la casa están agrupados en el dintel de la antecámara.) ¿A qué hora salió el señor conde de casa de Borel?

BERN. Mitia era el que estaba allí. El responderá.

GRETCH (Dictando al agente.) Demetrio.

DEM. (Con voz muy conmovida y después de limpiarse las lágrimas.) A las ocho y media en punto... Yo fuí á recibir sus órdenes, pero el señor conde me dijo, al montar en el troika: «Vuélvete á casa, pequeño; nada tengo que mandarte.»

GRETCH (Al agente.) ¿A las ocho y media?... ¿Está ahí el cochero?

BERN. Sí, señor. (Acercándose á la antecámara y llamando.) ¡Cirilo!

DEM. Cirilo. (Los criados también le llaman en voz baja. Este se presenta en el dintel.) Acércate. (Cirilo avanza lentamente hacia el centro de la escena. Es un hombre de cierta edad, con largos cabellos entrecanos y barba blanca, larga también. Es un tipo venerable y va vestido, como Demetrio, con el traje tradicional de los cocheros rusos, que consiste en una túnica roja sujeta á la cintura y una especie de capotillo abierto de color azul muy oscuro. También usará pantalón bombacho, no muy ancho, y botas de charol altas ó polainas. Al entrar Cirilo, la princesa, que estuvo escuchando con ansiedad por las cortinas del dormitorio se levanta y se dirige hacia la mesa, sentándose en el sofá, con el pañuelo en la boca y la mirada distraída, sin fijar su atención en lo que dice el cochero, hasta el momento en que el relato de este tiene verdadero interés.)

GRETCH (A Cirilo.) ¿Cómo te llamas?

CIR. Cirilo Nicolavich. (El agente escribe.)

GRETCH ¿Qué te dijo tu amo al subir al carruaje?

CIR. El señor conde me dijo: «Vamos al tiro.» (Movimiento en Fedora.)

GRETCH (A Fedora.) Es preciso advertir á su excelencia que la casa donde se ha realizado el crimen está rodeada de terrenos solitarios y en las proximidades de un salón de tiro al blanco. (Fedora hace señas de haberse enterado.) ¿De manera que ya habías llevado al señor conde á ese lugar?

CIR. Muchas veces. Pero nunca por la noche, hasta hoy.

GRETCH ¿Fuiste directamente desde casa de Borel?

CIR. Sí, señor.

GRETCH ¿Dónde paraste el coche?

CIR. Delante de la verja de entrada... como siempre.

GRETCH ¿El coche esperaba siempre al lado de la verja?

CIR. Sí, señor. Siempre.

GRETCH ¿Te dijo algo el amo al bajar del carruaje?

CIR. Ni una palabra.

GRETCH ¿Qué hiciste después?

CIR. Aguardar.

GRETCH ¿Mucho rato?

CIR. Un cuarto de hora.

GRETCH ¿Oiste algo en ese tiempo?

CIR Al principio, nada: después oí sonar dos tiros.

GRETCH (Sorprendido.) ¿Dos?

CIR. Tan simultáneos que parecían un solo disparo; pero estoy seguro de que fueron dos.

GRETCH Sigue.

CIR. El ruido de las detonaciones en aquel paraje tan solitario y en el silencio de la noche me produjo un movimiento de terror. En seguida oí ahullar á los perros, y al cabo de un rato todo volvió á quedar silencioso, como antes. Yo mismo acabé por recobrar la calma, diciendo interiormente: «Habrá sido en el tiro.» De pronto veo salir á un hombre por la puerta de la verja y encaminarse hacia el sitio donde yo me encontraba. Supuse que era el amo; pero aquel hombre pasó rápidamente entre el carruaje y la tapia, sin que yo pudiera verle la cara.

GRETCH ¿Observaste algo de particular en sus vestidos?

CIR. No.

GRETCH Continúa.

CIR. Después estuve esperando algunos momentos más; pero como sentía mucho frío en los pies, bajé del pescante para pasear un poco. Entonces observé una cosa que me hizo estremecer de espanto. Por donde había pasado huyendo aquel hombre se veían manchas negras en la nieve. Acerqué á ellas uno de los faroles del coche, y noté con terror que eran gotas de sangre, ¡de sangre todavía humeante! (Fedora se estremece y los demás personajes escuchan con interés.) Lleno de horror, iba á entrar en el jardín, cuando oí el ruido de un carruaje al extremo de la calle. Entonces pedí á gritos auxilio, llegó el señor, (Señalando á Siriex.) y... lo que resta es más doloroso de decir... ¡prefiero que lo cuente él mismo! (Con voz muy conmovida.) ¡Yo no puedo continuar! ¡No puedo! ¡No puedo! (Se retira, y al pasar por delante de la princesa, ésta le tiende la mano, que él besa, inclinándose respetuosamente; después se dirige al fondo de la escena, donde están los demás criados.)

GRETCH (A Siriex.) ¿De manera, caballero, que ese excelente criado pidió á usted auxilio?

SIRIEX Acudí á sus voces, y sin perder un instante franqueamos los dos la entrada, llegando hasta uu hotelito aislado, cuyas ventanas estaban iluminadas. Guiándonos por las manchas de sangre, subimos la escalera, y en los últimos peldaños encontramos tendido y sin conocimiento al infortunado joven, que, sin duda, se había arrastrado hasta allí. (Nuevo signo de Fedora.)

GRETCH ¿Con este revólver en la mano? (Enseñándole.)

SIRIEX No, el arma estaba sobre la alfombra, en la segunda habitación del primer piso, la del fondo.

GRETCH (Examinando el revólver.) Falta un cartucho. (A Bernardo.) ¿Este revólver es del señor conde?

BERN. Si, señor. Mi amo nunca salía de casa sin él, desde el día en que le dirigieron ciertas amenazas.

FED. ¿Amenazas?

GRETCH ¡Ah! ¿Le habían amenazado?

BERN. De muerte... Hace una semana próximamente recibió una carta anónima, en la que le decían: «Si su padre no cesa de perseguirnos, puede prepararse á vestir de luto.»

FED. ¿Y nada me había dicho?

FERN. El señor nos encargó que guardáramos silencio, para no alarmar á sus amigos.

GRETCH (Examinando la cartera.) Aquí está su cartera... Ni siquiera la han abierto... Papeles... valores... No falta nada... No se trata de un robo, sino de una venganza. (A Ivan.) ¿A quién pertenece el hotel? (Ivan le alarga el cuaderno que Gretch se dispone á leer.)

FED. (Interrumpiéndole.) ¡Silencio! ¿Un grito? (Se levanta y se dirige á la puerta del dormitorio, escuchando con ansiedad. Unos momentos de pausa, durante los cuales todos los personajes siguen con interés los movimientos de Fedora. Entra el Agente que en la escena anterior fué á buscar la medicina, con un frasco de cristal en la mano.) ¡Venga! (Le arranca el frasco y llama con suavidad á la puerta del dormitorio, que sigue cerrada. Por último, aparece el doctor Lorech en el cuarto de vestir, atravesando la puerta de comunicación que une las dos habitaciones, y

toma el frasco de manos de Fedora, quien interroga con los ojos al médico. Este se retira solemnemente, sin decir una palabra, y Fedora, después de escuchar otra vez por la puerta de comunicación, vuelve á dejarse caer desfallecida en el sofá.) Seguid.

GRETCH (Leyendo.) «El hotel es de propiedad de un comerciante judío, Isac Kobí, y fué tomado en arrendamiento hace ya ocho meses para un estudiante de medicina, por una mujer de cuarenta años, que pagó el alquiler por adelantado y á quien nadie ha visto después.» (Hablado.) Mujeres y estudiantes, las huellas del nihilismo no pueden estar más claras.

BERN. ¿Una mujer? Precisamente esta misma mañana, cuando el amo tenía el sombrero puesto para salir, vino una mujer con una carta, pero esa mujer era más joven.

GRETCH ¿Hoy?

BERN. Sí, señor, á las once. El amo la mandó entrar y después de haber leído la carta, la despidió diciéndola: «Está bien, iré.»

GRETCH Ya estamos sobre la verdadera pista... ¿Y esa carta?

BERN. (Señalando á la mesa que Fedora tiene delante.) Debe de estar en ese cajón.

FED. ¿En este? (Con la mano sobre el tirador.)

BERN. Sí, señora. (Todos se vuelven hacia la princesa que abre el cajón y lo registra ansiosamente.)

FED. No hay ninguna carta.

BERN. Perdone su excelencia, ahí debe de estar.

FED. Repito que no... Lápices... plumas... tarjetas. Nada más.

BERN. Pues yo vi al señor echarla en el cajón.

FED. No está.

GRETCH (A Iván.) Veamos la carpeta.

BERN. Es inútil. Vuelvo á asegurar que el amo guardó la carta en el cajón.

FED. Entonces la han robado.

BERN. ¿Cómo?

GRETCH ¿Vino alguien después de salir el conde?

BERN. Dos personas.

GRETCH ¿Quiénes?

BERN. El joyero Tchilef, pero ese estuvo hablando conmigo sin acercarse siquiera á la mesa, y además, ¿qué interés podía tener?

FED. ¿Y la otra?

BERN. La otra no sé quién es. Cuando vino esa persona yo no estaba en casa. El lacayo la recibió.

FED. ¿Mitia?

DEM. Sí, señora; poco tiempo después de haber salido el amo llegó un caballero á preguntar por él.

GRETCH ¿Quién era ese caballero?

DEM. No le conozco más que de vista... Es un caballero que ha venido á visitar al señor conde dos ó tres veces, hace ya algún tiempo, pero no me acuerdo de su nombre.

GERTCH Procura recordarlo.

DEM. (Después de una pausa.) No me acuerdo.

GRETCH ¿Y qué hizo?

DEM. Me preguntó por el señor conde. Yo le dije que había salido... Entonces él añadió: «pues voy á dejarle dos líneas sobre la mesa»... Como era un amigo del amo le dejé pasar.

GRETCH ¿A esta habitación?

DEM. Sí, señor. Se sentó delante de esa mesa. (señalándola.)

FED. ¿En esta?

DEM. Sí, excelencia.

GRETCH ¿Le dejaste solo?

DEM. Un momento nada más. Mientras preparaba lo necesario para limpiar la chimenea. Cuando volví, el caballero que apenas había tenido tiempo de sentarse, se levantó, diciéndome: «No es preciso, volveré», y se marchó.

FED. ¿Sin escribir?

DEM. Sin escribir nada.

GRETCH ¿Y tú no pensaste siquiera en preguntarle su nombre?

DEM. Sí, señor, cuando se iba, pero él me dijo desde la escalera, sin detenerse: «Es inútil ya te he dicho que volveré.»

GRETCH ¿Iba de prisa?

DEM. Mucho.

FED. ¡Ah, no hay duda, ese era!

GRETCH ¿El ladrón?

FED. El asesino.

GRETCH ¿De modo que su excelencia supone que existe cierta relación entre el crimen y la carta?

FED. Indudablemente. En esa carta se le tendía una emboscada y era forzoso destruirla. ¡Ese hombre se encargó de hacerlo!

GRETCH ¿Pero cómo sabía él?...

FED. ¿Que la carta estaba aquí? Pues de la manera más sencilla del mundo; por la misma mujer que vino á entregarla.

GRETCH ¿Pero siendo un amigo del conde, corría un grave riesgo al entrar aquí?

FED. ¿Y eso qué importa? ¿Por ventura los nihilistas no tienen su heroismo? Si vosotros demostrarais, en el cumplimiento de vuestro deber, una parte de la audacia y del valor que ellos demuestran en la preparación de sus atentados, el hijo de vuestro jefe no se encontraría ahora agonizando en ese lecho. Pero la policía ni ve ni prevé nada.

GRETCH (Protestando humildemente.) ¡Excelencia!

FED. Ni habéis sabido defenderle, ni sabréis vengarle tampoco... Ah, pero yo le vengaré.

GRETCH Por desgracia la pista de esa persona desaparece con su nombre.

FED. ¿El nombre? Eso es lo que necesitamos. (Volviéndose á Demetrio.) Y este muchacho que no quiere acordarse...

DEM. (Limpiándose los ojos.) Yo bien quisiera, excelencia, pero no puedo... no puedo...

FED. (Atrayéndole hacia ella y con dulzura.) Vamos, Mitia... Piensa un poco... Haz un esfuerzo... Yo te lo ruego...

DEM. Si no sé... no sé...

FED. (Acariciándole los cabellos con los dedos.) Anda, hijo mío. Procura recordar... Reflexiona todo el tiempo que quieras... Serénate... Ten calma... (Todos los personajes mirán á Demetrio.)

DEM. (Después de un momento de pausa.) Hace ya tanto tiempo, tanto... Si le oyese hablar le reconocería al instante... Si me ayudase...

FED. (Rechazándole bruscamente.) ¿Quién quieres que te ayude? ¿Pero nadie ha visto á ese hombre?

GRETCH El portero acaso.

BERN. El portero le vió salir, pero no se fijó en él.

DEM. (Con alegría.) ¡Ah! ¡Ya caigo! Bernardo se acordará de fijo. (A Bernardo.) Sí, acuérdate. Hace ya dos meses, un domingo, aquel do-

mingo en que el amo salió en trineo para las islas... Yo le había bajado el gabán de pieles, y el señor hablaba con un caballero en el vestíbulo.. ¿no recuerdas? Aquel, aquel que te pidió lumbre para encender un cigarro... ¡Ese era!

BERN. Ipanoff.

DEM. Justo. (Alegremente.)

FED. ¿Ipanoff?

BERN. Vive enfrente.

GRETCH En la casa de la esquina. Desde aquí se ven sus balcones.

FED. ¿Aquellos?

BERN. En el piso segundo.

FED. No hay luz en la casa.

GRETCH Estará acostado.

FED. ¿Es posible que duerma un asesino?

GRETCH (Sacando el revólver.) Ahora lo veremos.

FED. ¡Pronto! (Se van Gretch é Ivan.)

ESCENA IX

DICHOS menos GRETCH y sus agentes. Fedora sigue mirando con ansiedad por el balcón, cuyas hojas abre. Bernardo y Siriex miran también, detrás de ella

SIRIEX (A Bernardo.) ¿Ese Ipanoff de quien se habla es el conde Loris Ipanoff, hijo de un antiguo chambelán del Zar Nicolás?

BERN. El mismo.

SIRIEX ¿Nihilista él?

FED. (Sin volverse.) Hay nihilistas en las familias más aristocrát cas de Rusia.

SIRIEX ¿Es su casa aquella que está iluminada?

BERN. No señor, la otra; la de la derecha. La casa que está iluminada es la del senador Boronzof, donde hay un baile esta noche.

SIRIEX ¡Ah, ya se ven luces!

BERN. Son los agentes.

FED. Será el asesino.

BERN. Habrá oído llamar.

FED. ¿Y por qué llamar? Que no llamen, que echen la puerta abajo. Ese miserable puede

huir por alguna escalera secreta. ¡Ya llegaron!

SIRIEX Las sombras corren de una habitación á otra...

BERN. Le están buscando.

FED. Pero, ¿por qué no le prenden? ¡Imbéciles! se va á escapar.

SIRIEX Las sombras se juntan.

BERN. Ya le han cogido.

FED. ¡Ah! ¡por fin! (Fedora sigue mirando ansiosamente. En este momento se abre la puerta del dormitorio, Lorech aparece en el dintel. La princesa no observa este movimiento, pero Siriex y Bernardo sí.)

LORECH (Dando un paso y con tono solemne.) ¡Princesa!

BERN. (A Fedora, que no ha oído á Lorech.) ¡Excelencia! (Fedora se vuelve bruscamente y ve á Lorech en el fondo.)

FED. Me llama, ¿no es cierto? (Corriendo hacia el dormitorio.) Allá voy, Wladimiro... Aquí estoy... (Entra en el dormitorio.)

SIRIEX (Acercándose á Lorech y en voz baja.) ¿Qué sucede?

LORECH Está agonizando.

BERN. ¡Es posible! (Se dirige hacia la derecha y hace entrar á Demetrio, mientras Lorech entra de nuevo en el dormitorio.)

FED. (Arrodillada á los pies del lecho.) ¡Wladimiro! ¡Wladimiro mío! Me reconoces, ¿no es verdad? Soy yo... yo misma... Tu Fedora... ¿Por qué no me respondes? ¿Sufres mucho? (En este instante entran los criados por la puerta de la derecha. Demetrio y las mujeres lloran.) ¿Doctor? (La voz de la princesa tiene ya un tono de espanto.) ¿Cómo no habla? ¡Qué palidez más espantosa! ¿Es la muerte? Sí, la muerte... ¡Ah! (Lanza un grito terrible.)

DEM. ¡Pobre señor! (Todos los criados se ponen de rodillas con la cabeza vuelta hacia el dormitorio y rezando silenciosamente.)

FED. (Procurando desasirse de los médicos, que tratan de alejarla de aquel sitio.) No... No quiero... Dejadme... ¡Muerto! ¡Mi Wladimiro!... ¡Muerto!

LORECH ¡Por favor, princesa!

FED. Aquí... Este es mi sitio... A su lado... ¡Dios mío, Dios mío! (Su voz se ahoga entre sollozos hasta el final del acto.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y GRETCH, que entra jadeante

GRETCH (A Siriex.) Ha huído. Era él.

SIRIEX (Haciéndole señas y enseñándole el dormitorio.) ¡Silencio!

GRETCH (Conmovido.) ¿Ya? (Siriex le contesta inclinando la cabeza, y Gretch se descubre.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Un saloncillo en el hotel de la condesa Olga Soukaref. A la derecha gran puerta con vidrieras que da sobre el jardín y á la izquierda otra puerta, bastante espaciosa también, que comunica con el salón principal. Cortinajes japoneses sobre las dos puertas. En el fondo se ven tres hornacinas, la del centro más espaciosa que las otras dos, formando una especie de alcoba con diván oriental. En las dos restantes, jarrones de estilo japonés con plantas y flores exóticas. Todo el decorado de este saloncillo, lo mismo las paredes que el techo, está pintado con ramajes verdes y dorados. Los colores de las butacas son asimismo de estilo japonés, de igual modo que las lámparas en que luce el alumbrado eléctrico. El jardín está muy iluminado por la luz de la luna. Es de noche y en verano.

ESCENA PRIMERA

ROUVEL y otros dos jóvenes vestidos de frac fuman y hablan en el dintel de la puerta derecha al levantarse el telón. SIRIEX entra por la izquierda

ROU. ¡Calle! Siriex... ¿Tú por aquí?

SIRIEX Buenas noches. (Se dan la mano.) ¿Y la condesa?

ROU. Está en el jardín. (Señalándole.)

SIRIEX Pues voy...

ROU. Ahora vendrá. Espera un momento. Tantos meses sin verte.

SIRIEX Vengo de Viena.

ROU. ¡Ah! ¿Estabas en Viena? (Los dos jóvenes se marchan.)

SIRIEX Sí, en la embajada; pero como ha entrado á formar parte del nuevo ministerio mi cuñado vengo á sus órdenes.

ROU. Para lo que ha de durar el Gabinete... Lo que tarden en reunirse las Cámaras... En París salimos á ministerio por sesión. Más valiera que te hubieras quedado por allá.

SIRIEX Opino de igual manera. Pero qué quieres, amigo mío. No se debe abandonar á los parientes en el infortunio. (Riéndose.)

ROU. (Ofreciéndole un cigarrillo.) ¿Gustas?

SIRIEX (Tomándolo.) Muchas gracias.

ROU. ¿Conociste á la condesa de Soukaref en San Petersburgo?

SIRIEX (De pie y fumando.) No, en la playa de Trouville, pero después la volví á ver en aquella capital.

ROU. ¿De manera que la tratas con intimidad?

SIRIEX Bastante.

ROU. Está divorciada, ¿no es cierto?

SIRIEX Sí.

ROU. ¿Y es rica?

SIRIEX Muy rica, pero con una afición al lujo tan extraordinaria, que algunas veces pasa verdaderos apuros á pesar de sus rentas.

ROU. Por lo visto es algo alocada, ¿eh?

SIRIEX Más que eso. Tiene un temperamento desequilibrado, es una neurótica, como ahora se dice, y necesita experimentar emociones nuevas á cualquier costa. A pesar de su juventud y de su hermosura está ya hastiada del mundo y hace todas las locuras imaginables para procurarse cualquier entretenimiento. Yo la he visto en San Petersburgo disfrazarse de aldeana para asistir á la ejecución del nihilista Presmacof.

ROU. Entonces habrá sido ese quien la convirtió á sus doctrinas.

SIRIEX ¿Nihilista la condesa?

ROU. Sí, por *sport*... Es su manía actual. Todos los emigrados rusos, que tienen algunas cuentas pendientes con el gobierno, encuentran aquí muy buena acogida. Esto, como es natural, da origen á escenas bastante desagradables, porque á lo mejor resulta que un caballero de porte muy distinguido, que cena

tranquilamente á tu lado y con el cual conversas con la mayor intimidad, es nada menos que un terrible revolucionario que acaba de remitir al Zar una caja de cigarros envenenados. Lo chistoso del caso está en que la noticia la recibes en el momento mismo en que fumas un magnífico veguero que acaba de ofrecerte, con la más exquisita cortesía del mundo, el sujeto de marras... ¡Figúrate si se hubiera equivocado de caja!

SIRIEX La equivocación no tendría gracia ninguna.

ROU. Otras veces estás valsando con la más adorable de las criaturas, rubia, delicada, vaporosa, área, celestial, y mientras ella se abandona en tus brazos con una inocencia encantadora, los ojos adormecidos á la sombra de larguísimas pestañas, acaso te ocurra pensar para tus adentros: «¿Qué ensueño acariciará este ángel?» Pues sueña con hacer saltar un tren.

SIRIEX ¡Diantre, me parece que exageras un poco!

ROU. Ni poco ni mucho.

SIRIEX Pero, por lo menos, se cenará bien.

ROU. Eso sí.

SIRIEX Pues entonces, con buenos manjares, buen té y mujeres elegantes, la casa no puede ser más aceptable. ¿Hay concierto esta noche?

ROU. Sí, como todos los miercoles.

SIRIEX ¿Música clásica, por supuesto?

ROU. Y tanto. Demasiado Schuman... ¿Te gusta á ti Schuman?

SIRIEX Sí.

ROU. ¡Ay, á mí no! ¡Tengo ya una indigestión de Schuman! El director de estas veladas musicales, el favorito hoy de la condesa, es un polaco llamado Wenceslao Lasinki, que además de tocar el piano detestablemente compone melodías sentimentales... ¡Y qué melodías, amigo mío! (Viendo á la Condesa.) ¡Ah, la condesa, disimulemos! (Alto.) Pues sí, son deliciosas, verdaderamente deliciosas las melodías de Lasinki.

ESCENA II

DICHOS y OLGA

OLGA (Que ha oído las últimas palabras.) ¿Verdad? ¡Ah, Siriex!... ¡Qué sorpresa tan agradable!

SIRIEX ¡Condesa! (Saludándola.)

ROU. De usted hablábamos.

OLGA ¿Con que está usted en París?

ROU. Hace pocos días.

OLGA ¿Y qué se ha hecho usted durante todo este tiempo?

SIRIEX Pues me he hecho un poco más viejo y usted más joven, condesa.

OLGA Gracias por la lisonja... ¿Y qué tal, se ha divertido mucho en el Norte?

SIRIEX Lo bastánte para matar el tiempo.

OLGA Feliz usted; á mí es el tiempo quien me mata.

SIRIEX ¿Siempre aburrida?

OLGA Siempre. No hay nada más estúpido que la existencia. ¡Levantarse todas las mañanas para acostarse todas noches!

SIRIEX ¿Ha ensayado usted?...

OLGA (Interrumpiéndole y sentándose.) Sí.

SIRIEX (Sonriéndose.) ¡Pero si no sabe usted lo que iba á decir!

OLGA No importa. Lo he intentado todo, lo he ensayado todo. Soy como aquellos enfermos desahuciados á quienes se dice: «Vaya usted á casa de la sonámbula», y que le contestan á usted: «De allí vengo».

SIRIEX Pero...

OLGA No se moleste... Es inútil... No hay nada que valga la pena de vivir. Me casaron á los quince años, y á los dieciséis me abandonó, después de engañarme, mi primer marido, que pocos meses más tarde moría en desafío por una artista ecuestre. A los veinte me volví á casar, y antes de concluir el primer año de mi matrimonio, tenía necesidad de pedir el divorcio para no dejar entre las garras de mi segundo esposo los últimos restos de mi fortuna. Desde enton-

ces la vida ya no encerraba secreto alguno para mí. Para distraerme empecé á viajar por casi todos los países y á todos ellos me siguió el aburrimiento. He bailado, he amado, he cazado y hasta he jugado, pero todas estas diversiones me han parecido estúpidas. Nada, nada, amigo Siriex. Tiene razón cierto filósofo pesimista. «La vida es de una monotonía mortal... Lo único que no acaba nunca es el fastidio.»

ROU. Un poco de paciencia. Todo llegará.

ESCENA III

LOS MISMOS, LORIS IPANOFF, BOROF y LASINKI, que vienen del jardín, después la SEÑORA DE TOURNIES, la BARONESA OCKAR y los dos jóvenes del principio del acto, que hablan con estas últimas

OLGA (Llamando.) ¡Ah! ¡Borof!

BOR. (Acercándose á ella.) Condesa...

OLGA (Señalando á Siriex.) ¿Me parece que ha conocido usted al señor en San Petersburgo? (Siriex se levanta.)

BOR. No tuve nunca ese honor.

OLGA En ese caso voy á hacer su presentación. El señor de Siriex, antiguo agregado á la Embajada de Francia en Rusia, y hoy... ¿qué cargo desempeña usted actualmente?

SIRIEX Secretario de la Presidencia del Consejo, nada más.

OLGA Mi amigo el señor Borof, catedrático de la Universidad de Moscou, y mi primo el conde Loris Ipanoff.

SIRIEX (Con el asombro natural y olvidándose de disimularlo.) ¿Eh? ¿El conde Loris?

OLGA Sí, el mismo. ¿Le conocía usted?

SIRIEX De nombre únicamente. (Saludando.) ¡Caballero! (Después de saludar á Loris, que habla tranquilamente con Borof, y de seguirle con la mirada. Aparte.) ¿El aquí? (A Rouvel.) Amigo Rouvel...

ROU. (Levantándose y dejando un album que estaba hojeando.) ¿Qué quieres?

SIRIEX ¿Has oído decir algo de Loris Ipanoff?

ROU. No, nada absolutamente. ¿Por qué me lo preguntas?

SIRIEX Por pura curiosidad. Gracias. (Aparte.) Es extraño.

OLGA (A Borof.) Tantos días sin venir por aquí.

BOR. Estuve anteayer, condesa, pero me dijeron que había usted ido de excursión.

OLGA (Indicándole que tome asiento.) Sí, á *Maisson Lafitte.* Un viaje por el río, en compañía de estas señoras.

BOR. ¿Por el Sena?

OLGA Embarcada en el *yacht* de la princesa Romanof.

SIRIEX (Asombrándose de nuevo.) ¿La princesa Fedora?

OLGA ¿Ha oído usted hablar de ella en San Petersburgo?

SIRIEX La he conocido esta invierno, pero ignoraba que estuviese en París.

OLGA Hace dos meses, ¿no es verdad, Loris?

LORIS Justamente. (Siriex les mira con asombro cada vez más sorprendido.)

OLGA La princesa ha caído en desgracia.

SIRIEX ¿Cómo?

OLGA Sí, por haberse expresado en términos poco lisonjeros para el Gobierno ruso.

SIRIEX No sabía nada de eso, y además declaro que la noticia me sorprende.

BOR. ¿El *yacht* de la princesa Romanof es, quizá aquel lindo vaporcito que está anclado cerca del puente del Alma?

OLGA El mismo, y la propietaria vive en el magnífico hotel, rodeado de jardines, que está enfrente del río. Para embarcarse no tiene más que atravesar la calle.

SIRIEX ¿Hace vida retirada?

OLGA Al contrario, recibe todos los días á sus amigos; pero si tiene usted interés en verla, no necesita molestarse en ir á su hotel, porque me ha prometido venir esta noche.

SIRIEX ¡Ah!

BOR. Es una mujer muy amable, según dicen.

OLGA Y además muy artista, muy original; y, sobre todo, de un carácter encantador. No es verdad, Siriex?

SIRIEX Yo no la conocía bajo ese aspecto.

OLGA Pues ayer fué la más alegre de todas.

SIRIEX Pero, ¿no ha experimentado en estos últimos tiempos un gran dolor?

OLGA ¿Habla usted de la muerte de su marido, de aquel borracho?

SIRIEX (Mirando á Loris, que sigue impasible.) No, en época más reciente.

OLGA ¿Más reciente? No sé á qué puede usted referirse.

SIRIEX A nada, condesa. Estoy confundido. (Aparte. ¡Y tanto!

BOR. ¿La princesa es de origen griego?

OLGA Por su bisabuela, que pertenecía á la más alta nobleza. Aquella cruz bizantina que ella lleva siempre prendida al cuello como una verdadera reliquia, fué regalada por la emperatriz Irene á una princesa de su familia. Pero, en cambio, si nuestra amiga es de origen latino por la línea materna, es eslava por su padre, el viejo Romanof, un verdadero cosaco, siempre á caballo por la estepa.

SIRIEX Ese cruzamiento de razas ha producido en Rusia las combinaciones más extraordinarias.

OLGA ¿Cuáles?

SIRIEX (Con intención.) El nihilismo, sin ir más lejos.

ROU. ¿Pero existen todavía nihilistas auténticos?

SIRIEX Aguardaba la paradoja... Pues si los hay.

BOR. ¿De veras?

SIRIEX (Mirando á Loris.) ¿No era nihilista el autor del asesinato del conde Wladimiro Andrevicht? (Sigue mirando á Loris, que permanece tranquilo, sin fijarse en Siriex.)

OLGA ¿Quién sabe?

BOR. (Levantándose.) No nos cansemos en discutir este asunto. Si existen ó no verdaderos nihilistas, yo podré decirlo dentro de poco, porque salgo mañana.

OLGA ¿Para San Petersburgo?

BOR. Precisamente por eso he venido esta noche, á despedirme y á recibir sus órdenes, condesa.

OLGA ¿Cuándo regresa usted?

BOR. Dentro de quince días, y si usted continúa en París, tendré el honor de volver á saludarla.

OLGA Estaré aquí hasta el otoño.

BOR. Pues hasta la vuelta. (Se inclina y la estrecha la mano.)

LORIS Te acompaño. (Levantándose.)

OLGA ¿También tú te vas?

LORIS Por unos momentos, los precisos para acompañar á Borof hasta la puerta.

OLGA No faltes á la sinfonía.

LORIS Descuida.

OLGA Buen viaje, Borof.

ESCENA IV

LOS MISMOS, menos LORIS y BOROF

SIRIEX (Aparte.) Pues señor, todo lo que estoy viendo excede á mi diplomacia. (Dirigiéndose á Olga.) ¿Decía usted que la princesa Romanof vendrá esta noche?

OLGA De fijo. Estará aquí para oir la melodía de Lasinki. (Señalándole. Este es un tipo extravagante, muy moreno, con larga cabellera, que cae en bucles sobre la espalda.)

SIRIEX ¿Es ese caballero? (Saludándole.)

OLGA Sí. (Lasinki hace una reverencia y permanece en su sitio.)

SIRIEX (Aparte.) ¡Valiente tipo!

OLGA (En primer término, con Rouvel y Siriex, y mirando á Lasinki con complacencia.) Es hermoso, ¿verdad?

SIRIEX (Burlándose.) ¡Muy hermoso!

ROU. (Idem.) ¡Divino!

OLGA Y qué talento tiene... ¡qué talento! Canta como un ángel y valsa de un modo admirable.

SIRIEX ¿También baila?

OLGA Es un emigrado.

SIRIEX Ya.

OLGA Comprometido en el ultimo complot nihilista, el de Moscou. El de los herreros.

SIRIEX ¿Conque en el de los herreros? (Aparte.) Si parece que acaba de salir de la fragua.

OLGA Se ve el valor en su aspecto... Hay en él algo de trágico, ¿no es cierto?

SIRIEX ¿De trágico? Yo le encuentro cómico.

OLGA — No diga usted eso, amigo Siriex. Fíjese usted en los ojos... ¡Qué ojos tan brillantes!... La mirada es terrible... Se descubre en ella al conspirador.

SIRIEX — Pues yo ni lo hubiera sospechado siquiera.

OLGA — ¡Cómo debe de amar ese hombre!

ROU. — No se fíe usted de apariencias.

OLGA — No hay nada más interesante que un revolucionario .. Siempre en peligro de muerte. Es una cosa que me apasiona y que no he experimentado todavía.

SIRIEX — ¿Cuál?

OLGA — Conspirar. Eso debe de ser muy divertido.

ROU. — Según.

OLGA — Sin duda. Los disfraces... los conciliábulos... las contraseñas... las estratagemas. ¿Que le detienen á uno?... Pues se escapa. ¿Que le meten en la cárcel?... Pues se fuga.

SIRIEX — O le ahorcan.

ROU. — Justo.

OLGA — Lo único que me detiene es el temor de ir á Siberia.

ROU. — Yo conozco una persona que la seguiría á usted hasta el polo Norte.

OLGA — ¿De veras? (Riéndose y dirigiéndose hacia el fondo.)

ROU. — (A Siriex.) Decididamente he sido un estúpido.

SIRIEX — ¿Por qué?

ROU. — Porque hace ya más de tres meses que le hago el amor sin resultado. Si yo hubiese conocido antes sus aficiones, me habría hecho presentar aquí como un criminal famoso, escapado de presidio. Pero todavía estoy á tiempo.

SIRIEX — ¿De ir á presidio? (Riéndose.)

ROU. — No... De decir que estuve. (Sube hacia el fondo.)

OLGA — (Desde el fondo.) ¿Viene usted, Siriex?

SIRIEX — Con mucho gusto.

OLGA — (Mirando hacia la puerta del foro.) Aquí está la princesa.

SIRIEX — Pues en ese caso, permítame usted que tenga el honor de saludarla.

ESCENA V

LOS MISMOS, FEDORA

FED. Buenas noches.

OLGA (Después de saludarla.) Aquí hay una persona que desea ponerse á sus órdenes.

FED. ¿Quién es?

OLGA (Designando á Siriex.) Un antiguo amigo.

FED. ¡Ah! ¿El señor de Siriex? (Inclinándose.) ¿Usted de regreso en París?

SIRIEX Ya usted lo ve, princesa. Estoy en París y en el Ministerio.

FED. Mi enhorabuena.

SIRIEX Y siempre á sus órdenes.

FED. ¡Tenga usted cuidado, porque puedo hacer uso de su influencia!

SIRIEX Entonces apresúrese usted, princesa.

FED. ¿Por qué?

SIRIEX Porque puede caer el gabinete.

OLGA Ya que está usted en tan buena compañía, voy á dar una vuelta por el jardín. (Vuelve á subir y antes de finalizar la escena se retira.)

ROU. (Acercándose.) Princesa. (También se acerca Lasinki, el cual hace una reverencia y después otra, desde la puerta del jardín, retirándose en seguida.)

FED. Buenas noches.

ROU. ¿Ha descansado usted del viaje?

FED. Un paseo de pocas horas y por el río. Eso no cansa.

ROU. ¿Me permite usted, que á título de coleccionador de antigüedades, tenga el gusto de admirar esa preciosa joya bizantina, de que nos hablaba hace poco la condesa?

FED. Ya lo creo. (Enseñándola la joya.)

ROU. ¿Es un amuleto?

FED. Eso creían mis antepasados. Según ellos, existía aquí una reliquia que tenía la virtud de curar todos los males, pero como la religión prohibe hoy ciertas supersticiones, el amuleto ha desaparecido.

ROU. ¿Y no hay nada en su lugar?

FED. Sí señor, hay una cosa que también lo cura todo.

ROU. ¿Tiene la misma virtud para usted que para los demás?

FED. Según. (Sonriéndose.)

ROU. No quiero ser indiscreto... ¡A sus órdenes! (Sale.)

FED. Gracias.

ESCENA VI

FEDORA y SIRIEX

FED. (Cambiando de tono y después de asegurarse con la mirada de que nadie les oye.) Ahora, deme usted la mano Siriex, no como hombre de mundo, sino como un verdadero amigo.

SIRIEX Eso soy. (Estrechándole la mano.)

FED. Nos hemos conocido en circunstancias tan extraordinarias, que nos dan el derecho de tratarnos con gran intimidad Desde aquel día terrible me parece que existe entre nosotros una amistad de veinte años. ¿Se habrá sorprendido usted de verme aquí tan diferente de lo que yo era en San Petersburgo, no es cierto? Vamos, confiéselo usted.

SIRIEX Pues bien, sí, lo confieso.

FED. Y sin embargo, debía usted sospechar el motivo de esta comedia.

SIRIEX Creo adivinarlo. Pero lo que me asombra es que todo el mundo ignora ó aparenta ignorar lo ocurrido. Hace pocos momentos hablé, aquí mismo, del asesinato del conde Wladimiro, delante de Loris Ipanoff.

FED. (Rápidamente.) ¿Y qué dijo?

SIRIEX Nada. Ni en su rostro se reveló siquiera la menor emoción. Tampoco la condesa Olga prestó gran interés á sus palabras. ¿Acaso Loris no sabe que se le acusa de ser autor de la muerte del conde?

FED. El general Yariskine ordenó á sus agentes que guardasen el silencio más absoluto sobre este asunto, y el silencio se guarda escrupulosamente.

SIRIEX ¿Pero el registro practicado por la policía en el domicilio de Ipanoff no habrá permanecido en secreto?

FED. También. Todos sus criados fueron detenidos y presos aquella misma noche. Los servidores de Wladimiro entraron al servicio del general, recibiendo la orden de callarse, bajo la amenaza de los castigos más severos. Los médicos y los polizontes son discretos por costumbre, de manera que el único que podía cometer alguna indiscreción era usted, amigo mío, y á usted se le irogó que nada dijese.

SIRIEX Es cierto.

FED. Pues como nadie dijo una palabra, el público nada supo tampoco.

SIRIEX ¿Cuál fué la causa de todo ese misterio?

FED. Loris había desaparecido. Se dieron sus señas por telégrafo á todas las autoridades de la frontera, y ninguna de ellas pudo encontrar el menor rastro de su paso. Era, por lo tanto, indudable qne el asesino permanecía escondido en San Petersburgo. Al ocultar las pesquisas practicadas en su domicilio se esperaba que él, creyéndose seguro, cometiera alguna imprudencia.

SIRIEX ¿Que Loris no cometió?

FED. Justo.

SIRIEX ¿Y usted, princesa, también tuvo la suficiente presencia de ánimo para disimular su pena?

FED. Mis relaciones con Wladimiro, así como nuestro proyecto de matrimonio, permanecían secretos. Se le había visto en mi casa, frecuentándola como uno de tantos conocidos, pero nada más... Pues bien, sí; amigo Siriex, tuve el valor de asistir á sus funerales, donde mi ausencia hubiese podido infundir sospechas, y no le concedí en público otra afección que la que permitían las apariencias, ni cambié tampoco una sola de mis habituales costumbres. Pero por la noche, cuando me quedaba sola, ¡qué desquite más doloroso de gritos y de lágrimas! Después de ocho días interminables de este terrible suplicio, me encontré tan abatida, tan quebrantada, que tuve que abandonar la ciudad, y fuí á encerrarme en una de mis casas de campo, cerca de Kiew. Cuando re-

gresé á San Petersburgo, el interés de otro crimen reciente había ya borrado la impresión del anterior y la indiferencia de todos pesaba más sobre el recuerdo del pobre Wladimiro que la tierra húmeda de su tumba. (Dice esto con voz conmovida.)

SIRIEX ¿Durante ese tiempo no llegaron á sus oídos nuevas noticias de Loris?

FED. Ninguna... ¿Iba á escapar el miserable á mi venganza? (Gesto de Siriex.) ¡Ah! ya veo que mi manera de hablar le asombra á usted, señor de Siriex. Usted no concibe esta sed de sangre en una mujer... Es natural, cualquiera de sus compatriotas, cualquiera señorita elegante, en un caso análogo al mío, se hubiese lamentado amargamente durante unos cuantos días; pero después se resignaría con su suerte, y hasta viviría contenta. ¡Yo soy una mujer de otra raza! Execrar al asesino es la única manera que me resta de amar á la víctima, y no me parece que soy fiel á su memoria más que por el vehemente deseo de venganza que me impulsa... Esto no será propio de mi sexo, no será cristiano... ni humano siquiera... Es más, será bárbaro, cruel, salvaje, feroz, ¿pero qué remedio? Así soy, y no puedo ser de otra manera.

SIRIEX ¿En suma?

FED. En suma, hace uno ó dos meses que la policía rusa averiguó que Loris, sin saber por dónde ni de qué modo, había conseguido atravesar la frontera y que se hallaba en París... Por fin comenzaba mi tarea... ¿Habrá usted oído decir que estoy en desgracia?

SIRIEX Sí.

FED. El general Yariskine hizo correr ese rumor con el propósito de despistar á las gentes, y hasta se me comunicó la orden de salir de Rusia. Para todo el mundo soy, pues, la princesa de Romanof, emigrada de su país y que se consuela bastante alegremente, por cierto, de su destierro. Llego á París con algunos servidores de confianza, y tres días más tarde me dicen que Loris es primo de la condesa Olga y concurrente asiduo á sus salones. Me hago presentar á ella

á título de compatriota, vengo aquí, y al cabo consigo ver á ese hombre por primera vez en mi vida. (Con voz solemne.)

SIRIEX Hace ya dos meses.

FED Precisamente.

SIRIEX ¿Y desde entonces le ha visto usted muchas veces?

FED Todos los días.

SIRIEX ¿Aquí?

FED Y en mi casa.

SIRIEX ¿Y por último?

FED. Por último, amigo Siriex, la primera impresión que experimenté fué de duda. ¿Será verdaderamente él? me dije.

SIRIEX ¿El asesino?

FED. ¡Claro! ¿Y si nos hubiéramos equivocado todos? ¿Qué pruebas terminantes existen de su delito?

SIRIEX En efecto.

FED. ¿Una carta sustraída del cajón de la mesa? ¿Y si el ayuda de cámara de Wladimiro se hubiera engañado al afirmar que la carta estaba allí? ¿Y aquel niño que no recuerda nada al principio, que duda después y que por último afirma que fué Loris quien entró en la casa? ¿Son estos testimonios bastante concluyentes para acusar á un hombre de haber asesinado á otro?

SIRIEX Por mi parte, princesa, confieso que ninguna de esas declaraciones me pareció decisiva. Aquella noche todos nos dejamos arrastrar por la exaltación.

FED (Levantándose.) ¿Pero y la fuga de ese hombre? Porque fué una fuga, esto es evidente. Si no es culpable, ¿por qué vive oculto durante tanto tiempo, por qué se refugia en París, por qué se esconde?

SIRIEX Todas esas preguntas no son más que presunciones. Con semejantes pruebas, ¿entregaría usted su cabeza al verdugo?

FED No... Pero no es esto todo... Hay aquí varios agentes rusos, bajo las órdenes de Gretch, que vigilan constantemente á los nihilistas, y que además tienen el encargo de señalar también las relaciones de Loris con los emigrados.

SIRIEX ¿Han observado algo?

FED. Que no tiene trato alguno con ellos.

SIRIEX Notaría que se le espiaba y habrá tomado sus precauciones.

FED Es posible... Pero no me negará usted que esta es otra nueva prueba que se nos escapa. Se vigila á Loris constantemente, se siguen sus pasos, se sabe lo que dice, lo que lee, lo que escribe. Todos los días me comunica Gretch el resultado de sus indagaciones, y nunca nada... ni entrevistas secretas, ni encuentros preparados, ni correspondencias sospechosas. Sólo hay una cosa que le domina, que le atrae, que le absorbe en absoluto.

SIRIEX ¿Cuál?

FED. Yo.

SIRIEX (Asombrado.) ¿Eh?

FED. Es lo único que Gretch ha podido averiguar de una manera terminante. Para vivir más cerca de mí, ha alquilado una habitación á cuatro pasos de este hotel.

SIRIEX Supongo, princesa, que usted habrá hecho algo para llegar á ese resultado.

FED. Naturalmente.

SIRIEX ¿Se ha declarado ya?

FED Sí.

SIRIEX ¿Y usted le alienta?

FED. Todo lo que puedo.

SIRIEX Permítame usted que le diga que ese proceder es feroz. ¡Enamorar á un desgraciado para entregarle sin defensa á la justicia!...

FED. El mismo interés demuestro en salvarle que en perderle. No le denunciaré hasta que tenga la certidumbre absoluta de su crimen.

SIRIEX ¿Y quién podrá dar á usted esa certidumbre?

FED. ¿Quién? El mismo.

SIRIEX ¿Usted espera?...

FED. ¿En que él confiese?... Naturalmente. Es cuestión de día y de hora.

SIRIEX ¿Y si declara su delito?

FED. Si lo declara, se pierde; si resulta inocente, proclamaré su inocencia delante de todo el mundo.

SIRIEX ¿Todavía no ha tratado usted de arrancarle la verdad?

FED. Todavía no. Antes quiero ganar su confianza

por entero. Si me hubiera precipitado, me habría mentido. Es necesario saber aguardar.

SIRIEX ¿Me autoriza usted para hacerle una pregunta?

FED. ¿Por qué no?

SIRIEX Con franqueza. ¿Qué preferiría usted más, su culpabilidad ó su inocencia?

FED. ¿A qué viene esa pregunta?

SIRIEX ¿Se niega usted á contestarme?

FED. (Después de un momento de pausa.) No lo sé.

SIRIEX Entonces es que usted desea que resulte inocente.

FED. Quizá.

SIRIEX Sin duda... El amor que Loris siente por usted aboga un poco en favor suyo.

FED ¡No diga usted eso!

SIRIEX ¿Por qué? Si usted, princesa, no tuviese más interés en salvar á un inocente que en castigar á un culpable, dejaría de ser lo que en realidad es: una mujer muy vehemente, muy apasionada, acaso un tanto violenta, pero muy buena en el fondo.

FED. (Rápidamente.) Pues bien, sí, no lo niego. Yo desearía que fuese inocente.

SIRIEX Ese deseo hace honor á su corazón.

FED. Y creo que lo es; por lo menos, así lo espero.

SIRIEX ¡Bravo!

FED. Resulta espantoso que confiese estas cosas, pues con esa esperanza pierdo para siempre la de vengar la muerte de Wladimiro... Pero no quiero mentir.. Creo que Loris no es culpable. La primera vez que estuve en su presencia experimenté esa certidumbre... Yo llegaba aquí para mirar frente á frente al miserable que tantos sentimientos de odio me había inspirado, y antes de entrar por esa puerta invocaba toda mi sangre fría para no llamarle asesino delante de las gentes... Entro por fin... me lo presentan... Estaba sonriente... Observo, venciendo mi agitación, que es de figura gallarda .. que tiene los ojos muy dulces... muy expresivos... muy leales... En una palabra: nada del monstruo que yo había imaginado... Me habla, le respondo... Se sienta cerca de mí, y yo no experimento

el impulso de retroceder con horror ante su vista. ¿Qué más he de decir, amigo mío? Hay en nosotros un instinto seguro, un instinto superior á nuestra razón. ¿No es cierto? Pues bien: no era posible que el hombre que había sumido mi vida entera en tan terrible dolor estuviese delante de mí hablándome tranquilamente, sin que todo mi ser no se hubiera estremecido de espanto en su presencia.

SIRIEX Esa es una prueba de sentimiento que no tiene ningún valor jurídico.

FED. No, no es posible que ese hombre sea un asesino... Si lo fuese, le odiaría, y yo no le odio... ¡no le odio bastante!

SIRIEX Ya lo veo.

ESCENA VII

LOS MISMOS, la condesa OLGA, ROUVEL, LASINKI, vienen del jardín. En este momento se oye á los músicos templar sus instrumentos

OLGA Vamos. Los músicos se impacientan.

FED. Dentro de un momento, condesa.

SIRIEX (A Olga.) Y yo pido á usted permiso para retirarme.

OLGA ¿Sin oir la sinfonía de Lasinki?

SIRIEX Lo siento de veras... Otra vez será .. Tengo que ir al Ministerio.

OLGA No insisto. Hasta el miércoles, pues.

SIRIEX Hasta el miércoles.

FED. (A Siriex.) ¿Sale usted tarde del Ministerio?

SIRIEX A las doce.

FED. ¿Quiere usted hacerme un favor?

SIRIEX Con mucho gusto.

FED. Al salir del ministerio tenga usted la bondad de pasarse por mi hotel. A esa hora ya habré visto á Loris y quizás pueda comunicar á usted algo importante.

SRIIEX Iré.

FED. ¿Sabe usted dónde vivo?

SIRIEX Lo he oído decir hace un instante.

FED Entonces cuento con usted.

SIRIEX Sin falta. (Viendo á Loris.) Ahí está Loris.

FED. Razón de más... Hasta luego. (Siriex sale. Los demás personajes también han abandonado la escena. Se oye á lo lejos el ruido de la música.)

ESCENA VIII

FEDORA y LORIS. Esta aparenta no haber visto á Loris y hace ademán de dirigirse al jardín

LORIS (Dirigiéndose á ella y con voz muy dulce.) ¡Princesa!

FED. (Volviéndose y alargándole la mano.) ¡Ah!... ¿Estaba usted aquí?... Me dijeron que se había marchado.

LORIS ¿Sin ver á usted? Imposible.

FED. ¿No viene usted á escuchar la música?

LORIS Prefiero la música de su voz, princesa.

FED. En ese caso voy á tener que cantar alguna canción para indemnizarle. (En tono de broma.)

LORIS Por Dios, nada de burlas.

FED. (Sentándose.) ¿Qué ha hecho usted hoy?

LORIS Lo de siempre... ¡Pensar en usted!

FED. ¿Todo el día?

LORIS Todo.

FED. Embustero.

LORIS Demasiado sabe usted que digo la verdad, la verdad completa. Ayer me dijo usted que una ocupación imprevista le obligaba á ausentarse de su casa toda la tarde, y el tiempo que no pude consagrarle como otras veces, lo he pasado prosaicamente delante de la puerta del jardín.

FED. (Sonriéndose.) ¿De veras?

LORIS ¿No se lo han dicho á usted sus criados?

FED. Algo he oído decir.

LORIS Pues ya ve cómo no miento.

FED. ¿Y por qué estuvo usted de centinela, bajo los árboles de la calle, delante de la verja?

LORIS ¿Quiere usted saberlo?... y cuando lo sepa, ¿me perdonará usted el motivo?

FED. ¿Estuvo usted espiándome?... ¿Acerté?

LORIS Sí.

FED. (Riéndose.) ¡Me gusta la franqueza!

LORIS Todo el día asaltaron mi imaginación las ideas más absurdas. ¿Por qué no recibe esta tarde?—me preguntaba yo.—¿Estará en su casa para los demás y la prohibición de no verla será sólo para mí? ¿Estará sola? ¿Qué hace en este momento?

FED. Vamos, un interrogatorio en toda regla.

LORIS Estos pensamientos me torturaban de tal manera que, olvidándolo todo, el respeto que usted me inspira y el que me debo á mi propio, me fuí á pasear como un adolescente por debajo de sus balcones, durante dos horas, atormentado por esta sospecha que, sin saber cómo, se había aferrado á mi cerebro: Está ahí... ¿pero con quién?

FED. ¡Qué suposición!

LORIS Desde mi observatorio veo llegar hasta el vestíbulo á varias personas que volvían á salir después de hablar unos instantes con el portero, lo cual me demostraba que nadie era admitido en el hotel; pero esto, lejos de llevar alguna calma á mi espíritu, me intranquilizaba más porque podía usted tener interés en que nadie turbara su soledad, y allí estuve hasta que empezó á caer la noche. En este momento pude observar que los criados abrían las persianas de su cuarto, que corrían las cortinas del salón principal y que los balcones empezaban á iluminarse; pero todo esto, lejos de calmar mi angustia, me alarmaba más todavía... Por fin ví llegar un coche á la puerta del jardín, y la ví á usted bajarse de él. Entonces empecé á respirar un poco y me deslicé como un criminal que no quiere ser observado, pero á los pocos pasos me vuelve á asaltar otro pensamiento más intranquilizador que los anteriores, «Ha salido—me dije—en eso no hay duda; pero, ¿de dónde viene... de dónde?»

FED. ¿Y tiene usted el valor de decirme todas esas cosas cara á cara y con tanta calma?

LORIS Ya usted lo ve.

FED. (Fingiendo incomodarse.) Pero tales sospechas me ofenden.

LORIS Pruebe usted que hay ofensa en amar como yo amo.

FED. ¡Vaya por el amor! Pero, ¿y lo demás? Esas suposiciones, sobre todo.

LORIS No hay amor sin celos.

FED. ¿También celoso?

LORIS Espantosamente.

FED ¿De modo que me ama usted de veras?

LORIS Con toda mi alma.

FED ¡Ah!

LORIS Y usted también me ama.

FED. ¿Yo?

LORIS Sí.

FED. ¡Me gusta la presunción! Yo siento simpatías por usted, no lo niego, pero de eso al amor hay diferencia. Soy ya viuda, amigo mío, y no tengo necesidad de afrontar una aventura tan peligrosa.

LORIS ¡Qué importa!

FED. ¿Pero qué espera usted de ese amor, dado caso de que yo le correspondiera?

LORIS ¡Todo!

FED. ¡Cómo todo!

LORIS Pobre amor sería el mío si no se sintiese con fuerzas para conquistar el suyo.

FED. (Con altanería) ¿Y si yo le rechazara?

LORIS No me hablaría usted.

FED. Puedo hablar para prohibirle que me ame.

LORIS Una mujer que no quiere ser amada no permite jamás que se le hable de amor.

FED. (Sonriéndose.) ¡Ea, que no voy á tener más remedio que corresponderle!

LORIS (Con vehemencia.) ¡Oh, sí, se verá usted obligada á ello, porque el amor atrae al amor con ímpetu irresistible! Hay una fuerza poderosa en el corazón del que ama que concluye siempre por despertar idénticos sentimientos en el sér amado. Usted ve demasiada pasión en mí para creer, por lo menos, en la realidad de este amor, y desde el momento en que no experimenta ningún enojo al verse adorada de tal manera, es porque usted me ama ya... (Movimiento de protesta en Fedora.) No me digas nada, no me respondas nada, porque no he de creer en la lealtad de tus frases desdeñosas ni en la sinceridad de tus negativas. Si tus ojos evitan el fulgor de los míos, es porque tienen miedo de decir

demasiado. (Fedora hace todo lo que Loris indica.) ¡Si tu mano se estremece y se retira es porque tiembla de corresponder al contacto ardiente de la mía! Tus brazos, que continúan inertes y que parecen rechazarme, experimentan impulsos invencibles de entrelazarse á mi cuello, y tus labios, que aún siguen mudos y desdeñosos, están deseando acercarse á mi oído para decirme quedo: «¡Te amo... te amo con toda mi alma!»

FED. (Que está á punto de entregarse, hace un violento esfuerzo para vencer su emoción y se levanta sonrojada y palpitante.) ¿Aquí? ¡Loris! ¡Qué demencia!

LORIS (Acercándose á ella.) ¡Fedora!

FED. ¡Ese lenguaje es más propío de un esposo que de un enamorado!

LORIS ¡Las dos cosas juntas, si tú quieres unir mi destierro á tu destierro!

FED. Yo no estoy ya desterrada.

LORIS ¿Eh?

FED. Acabo de recibir el indulto.

LORIS ¿Cómo?

FED. Y la orden de volver á Rusia.

LORIS ¿Te marchas?

FED. Es forzoso... Mañana dejaré á París.

LORIS (Muy conmovido.) ¡Mañana! Imposible.

FED. ¿Por qué?

LORIS Porque no puedo seguirte.

FED. Ahora no, pero dentro de algunos días, sí. (Mirando á Loris.) Después de haber conseguido mi perdón, ¿por qué no he de obtener el tuyo?

LORIS (Con amargura.) ¡Mi perdón!

FED. Claro... Tu destierto es por asuntos políticos como el mío, ¿no es verdad?

LORIS Eso dicen.

FED. ¿Alguna palabra imprudente?... ¿Algún juicio poco favorable para nuestro gobierno? (Loris no contesta.) Veamos... ¿de qué se te acusa? Nunca has querido decírmelo... ¿Es grave?

LORIS Sí.

FED. (Titubeando.) ¿Muy... grave?

LORIS Mucho.

FED. (Con gran ansiedad.) ¿Y tú eres realmente culpable?

LORIS Eso no.

FED. (Con alegría.) ¡Ah!... ¿Eres inocente?

LORIS De todo crimen.

FED. ¿Entonces de que te acusan? Pronto.. Dímelo.

LORIS Me acusan de haber preparado una emboscada al conde Wladimiro Andrevicht para asesinarle.

FED. ¿Y no te defiendes de esa infamia?

LORIS ¿Contra su padre?

FED. Pruébale tu inocencia y él te perdonará.

LORIS ¡El general Yariskine!... ¡Ese monstruo!... más fácil sería conmover á un tigre.

FED. En fin... lucha, defiéndete... inténtalo, por lo menos... Todo, todo antes que esa resignación estúpida y cobarde... ¿Se te acusa de haber cometido el más repugnante de los delitos, y en vez de protestar indignado, huyes y te escondes? Con semejante actitud aceptas esa vergüenza... todavía peor, me la ofreces á mí. (Levantándose.) ¡Sí, mé ofreces tu amor manchado por las viles calumnias y tu nombre, el nombre de un asesino!

LORIS No soy culpable.

FED. Prueba, pues, tu inocencia... Proclámala en alta voz aquí, en todos los salones de París, hasta en la calle misma. Haz lo que te digo... hazlo en seguida, desgraciado, si es cierto que me amas.

LORIS (Con amargura.) ¿Y si no pudiera probarla?

FED. ¿Que tú no puedes?... No te comprendo.

LORIS Vas á comprenderme. No es leal que yo te ofrezca mi amor y mi nombre sin que antes sepas toda la verdad para que me aceptes tal cual soy. (Fedora le mira con ansiedad, Loris se acerca á ella y después de fijar su mirada en la suya, cogiéndole la mano dice á media voz con gravedad.) ¿Me amas? ¡Tu mano tiembla! Responde con sinceridad, como lo harías delante de un sacerdote... ¿Me amas de veras?

FED. Sí... te amo.

LORIS (Con la mirada fija en Fedora.) Sin reserva ninguna. ¿Me amas como te amo yo, hasta la pasión, hasta la locura?

FED. (Haciendo un esfuerzo.) Sí.

LORIS Pues bien... yo he matado á Wladimiro.

FED. (Separándose de él aterrorizada) ¡Ah!... Miserable... ¿Con que fuiste tú?...

LORIS ¡Fedora!

FED. ¡Asesino!... ¡Asesino!

LORIS No me condenes sin oirme.

FED. ¿Qué más he de saber, infame? ¡Y aún tenía el cinismo de llamarse inocente!

LORIS Del hecho no, del crimen sí.

FED. Un accidente, ¿no es verdad? (Con ironía.)

LORIS Un castigo.

FED. ¿Y esa emboscada?

LORIS ¿Qué sabes tú? Te juzgaba una mujer superior y veo que eres como todas. Ya es tarde para enmendar mi yerro.

FED. (Aparte.) Es cierto, yo nada sé. (Viendo á Loris que hace ademán de marcharse, dirigiéndose lentamente á tomar su sombrero.) ¿Se va? (Alto.) ¿Loris? (Este le mira sin responder.) ¿Donde vas? (Sigue sin contestar.) Espera... No te marches así, no te marches. Acabas de decirme que no eres un asesino... Sea... Cuéntamelo todo... Vamos... Habla.

LORIS (Tristemente.) ¿Para qué? Tu amor no resiste semejantes pruebas... ¡No me amas como decías! ¡Me has mentido! Te separaste de mí con horror y aun me miras con espanto.

FED. (Tratando de sonreir.) La sorpresa...

LORIS Ni siquiera te atreves á acercarte.

FED. ¿Yo? (Da un paso hacia él con un estremecimiento que trata en vano de contener.) Nadie puede dominar el primer movimiento. Te oigo decir con la mayor tranquilidad del mundo: «Yo he matado al conde Wladimiro...» y le sorprende que lance una exclamación de espanto. Cualquiera hubiese hecho lo mismo en mi caso. Vamos, no me guardes rencor por eso.

LORIS Por eso no, pero sí por no haber visto en mí más que un asesino vulgar y por habérmelo llamado varias veces.

FED. (Poniéndole la mano sobre los hombros.) Perdóname... Tampoco es posible saber de improviso que la persona á quien se ama ha cometido un homicidio, sin que se experimente un dolor agudo como el que produciria la hoja de un cuchillo que penetrase en nuestro corazón... Es natural que yo haya gritado al oir eso, y que te haya llamado asesino

maquinalmente sin saber lo que decía. Pero una vez dominado el primer impulso, el amor se impone de nuevo y me dice: «Ha matado: pues bien; no importa.»

LORIS ¡Ese es el lenguaje que yo esperaba! (Con alegría.)

FED. (Poniéndole las dos manos sobre los hombros como para obligarle á sentarse.) ¿Por qué le mataste? Habla.

LORIS (En pie.) ¿Aquí? No puede ser.

FED. En dos palabras. Se dicen tan pronto...

LORIS No es asunto que puede referirse en dos palabras. Además tengo otros motivos que ya te explicaré, pero aquí no, repito que es imposible.

FED. ¿Dónde y cuándo, entonces?

LORIS En tu casa mañana.

FED. ¿Mañana? ¿Cómo quieres que pase toda esta noche de fiebre, forjando en mi imaginación las ideas más absurdas sobre tí? Sería cosa de volverse loca.

LORIS Es forzoso.

FED. Mañana no, en seguida.

LORIS ¿En seguida?

FED. Sí, en mi casa.

LORIS ¿Esta noche?

FED. Esta misma noche.

LORIS ¿Cómo?

FED. Ven á la una por el muelle. La puertecilla de la verja no estará más que entornada, de modo que atravesando el jardín puedes llegar hasta el vestíbulo, donde me encontraré yo para que nadie te vea.

LORIS Iré.

FED. ¡Ya ves que no me da miedo recibir en mi casa á un asesino á las más altas horas de la noche!

LORIS (Cogiéndola las dos manos y besándoselas apasionadamente.) Hasta luego, Fedora. (Sale.)

FED. (Estremeciéndose de nuevo bajo sus caricias.) Hasta luego. (Con el gesto hace como que se arranca las huellas de los besos de Loris.) ¡Ah, bandido! Ya eres mío! (Coge el chal, lo arroja sobre sus hombros y hace ademán de marcharse.)

TELON

ACTO TERCERO

Salón de la casa de Fedora. A la izquierda en primer término, puerta que se supone comunica con el interior. En segundo término puerta de entrada. En el foro puerta grande que comunica con una antecámara, la cual termina en un gran vestíbulo con columnas, desde el cual se desciende al jardín. Este jardín se ilumina por la luna cuando las puertas del salón y de la antecámara están abiertas. Mobiliario rico. A la derecha sofá, mesa y «secreter». Entre la chimenea y la puerta del segundo término, á la izquierda, un velador y un sillón.

ESCENA PRIMERA

FEDORA y BASILIO. Fedora escribiendo. Ella está sentada ante el «secreter». Toca el timbre y Basilio entra por la segunda puerta izquierda

FED. ¿Cumpliste mis órdenes?

BAS. Sí, señora.

FED. ¿La puertecilla que da al muelle?...

BAS. Abierta, claro está que con el pestillo echado.

FED. ¿La llave?

BAS. Aquí. (Dejándola sobre la mesa.)

FED. El vestíbulo grande que comunica con el jardín ha de estar abierto toda la noche, no lo olvides.

BAS. Bien.

FED. ¿Vino Gretch?

BAS. Sí, excelencia.

FED. Espero una visita. La del señor Siriex. Condúcele á esta habitación. (Se oye el sonido de un timbre.) Será él sin duda. (Vase Basilio.)

ESCENA II

FEDORA y SIRIEX. Ella se levanta, interrumpiendo la escritura.

SIRIEX Soy puntual.

FED. Gracias.

SIRIEX Conque sepamos. ¿Ha logrado usted hablar con Loris? ¿Ha conseguido usted algo con verle?

FED. Sí.

SIRIEX ¿Y qué?

FED. ¡Que es él!

SIRIEX ¿El asesino?

FED. ¡El asesino!

SIRIEX ¿Tiene usted pruebas?

FED. Algo más. Tengo su confesión.

SIRIEX (Sorprendido.) ¡Ah! sea enhorabuena. Los interrogatorios judiciales debieran estar á cargo de las mujeres. ¿Y el motivo del crimen? ¡Una venganza política sin duda!

FED. ¡Qué había de ser! Todo lo ha resumido Loris en una frase. ¡Castigo! Es la palabra que usan los nihilistas. ¡Asesinos! ¡Hermosa justicia la suya!

SIRIEX ¿Y él declara lo ocurrido?

FED. ¡Que si lo declara! Acabo de oirle vanagloriarse de su infamia.

SIRIEX Por lo visto es un fanático.

FED. ¡Y yo que dudaba de su crimen! Usted lo sabe, amigo mío. Yo defendía á Loris, quería que fuese inocente. No me perdonaré nunca este deseo, pero en fin, las dudas se han disipado. Ahora es necesario que hablemos. (Fedora coge una silla y se sienta, apoyada en la mesa y frente á Siriex.) Usted ya sabe lo ocurrido respecto de este asunto con el ministro, á quien ha reemplazado su pariente.

SIRIEX No, pero me lo figuro. Yariskine pidió la extradición de Loris. ¿No es así?

FED. Justo.

SIRIEX El ministro juzgaría el caso excepcional, invocando su situación, el interés común, la unión de los dos pueblos, etc.

FED. Sí.

SIRIEX ¿Y el ministro acabaría por hacerse el sordo?

FED. Precisamente.

SIRIEX Y usted espera que el nuevo ministro estará más propicio para conseguir la extradición, ¿no es eso?

FED. Sí.

SIRIEX Pues bien, princesa, lamento con toda el alma quitarle las ilusiones, pero tengo el deber de decirle con franqueza que no va usted á conseguir del nuevo ministro más que del anterior.

FED. ¿Por qué?

SIRIEX Porque el nuevo ministro, como su predecesor, no está autorizado para adoptar la medida que de él se solicita, y el motivo es tan claro, que ni siquiera hace falta manifestarle. La extradición admitida para todos los crímenes y delitos del derecho común, no está admitida en los delitos y crímenes políticos. El asesinato de Wladimiro es un crimen político. El matador vive entre nosotros por la garantía de lo ocurrido en casos anteriores.

FED. Pero esa garantía es monstruosa.

SIRIEX No la discuto, ni para censurarla ni para defenderla. Sería inútil la tarea. Es necesario someterse á ella.

FED. ¿De modo que aunque con la absoluta certeza de que ese hombre es un asesino, según confesión propia, no se nos puede entregar?

SIRIEX No, señora, no se puede, ni aun con esa certeza, ni aun con la indudable confesión suya.

FED. Pues entonces que se le expulse del territorio francés. Yo sabré encontrarle de nuevo entre gentes menos escrupulosas, mejor dicho, más escrupulosas que vosotros, caballerescos protectores de asesinato.

SIRIEX Tampoco eso que usted desea podemos hacerlo.

FED. ¿Tampoco la expulsión?

SIRIEX Tampoco. Precisamente acaba de discutirse este asunto en las Cámaras. Interpelado el ministro anterior para la expulsión de un ruso, domiciliado aquí desde hace mucho

tiempo, invocó como fundamento de su negativa la ley del 49. Se habló mucho de modificar esta ley, se discutió, se votó; pero, á pesar de todo, el principio legal subsiste hoy con más fuerza que ayer. Ipanoff no puede ser ni preso, ni expulsado de Francia, salvo el caso de que fuere un perturbador del orden público, lo cual convendrá usted conmigo en que no es cierto.

FED. ¿De modo que las autoridades francesas no pueden entregárnosle?

SIRIEX Imposible.

FED. ¿Es irrevocable la decisión de usted?

SIRIEX Irrevocable.

FED. ¿Entonces apelaré á mis recursos?

SIRIEX ¿A cuáles?

FED. ¡Ah, amigo mío! Mi diplomacia tiene también secretos como la suya.

SIRIEX (Levantándose.) Perdone usted, princesa. Mi pregunta no obedecía á una mera curiosidad, sino á un cariñoso interés. Puede usted creerlo.

FED. No lo dudo.

SIRIEX El personaje oficial ha concluido. Permita usted ahora al amigo que se aventure á darle un consejo.

FED. ¿Cuál?

SIRIEX ¿Ustedes esperan sin duda conseguir que Ipanoff caiga en sus manos?

FED. Lo esperamos.

SIRIEX ¿Fuera de Francia, verdad?

FED. Es claro. Fuera de Francia.

SIRIEX (Con amabilidad.) ¿Una traición?

FED. ¿Y por qué no?

SIRIEX ¡Por Dios, princesa!

FED. Perfidia por perfidia. El tiene su estrategia. Yo usaré de la mía.

SIRIEX ¡Mal ejemplo sigue usted! La venganza personal siempre es mala.

FED. A ella se me obliga. Que se castigue el asesinato y no tendré yo que vengarle.

SIRIEX ¿Vengar el asesinato?

FED. (Con violencia.) ¡Vengarle, sí! Yo realizaré tan ardiente deseo. Conque basta, dejemos este asunto. Acerca de él no nos entenderemos jamás.

SIRIEX (Inclinándose.) Tiene usted razón; no es este el momento oportuno para hablarla razonadamente. Esta noche se encuentra usted nerviosa y no puede oirme con calma. Espero que mañana, más tranquila, podrá escuchar mis amistosos consejos.

FED. (Tocando el timbre y con acento irónico.) Sí. La noche me calmará por completo.

SIRIEX ¿Me autoriza usted para volver mañana por la tarde, con el fin de que hablemos de estas cosas?

FED. Con mucho gusto. (Basilio aparece.)

SIRIEX Entonces, hasta mañana.

FED. (Dando la mano á Siriex.) Hasta mañana, y á pesar de todo muchas gracias. (A Basilio.) Acompaña al señor. (Siriex sale. Después de haberse marchado, Fedora queda un instante en pie reflexionando, luego dirígese hacia la puerta de la izquierda y llama.) ¡Gretch!

ESCENA III

FEDORA y GRETCH

FED. (A Gretch que entra.) ¿Esos hombres?

GRETCH Ahí están, señora.

FED. Bien. (Vuelve al «secreter» y sigue la carta.)

GRETCH Si su excelencia me lo permite le daré nuevos detalles acerca de la vida de Ipanoff.

FED. (Sin volverse.) ¿Hay algo nuevo? Dilo.

GRETCH Ha entrado en su casa hacia la media noche. Allí le esperaban desde hacía mucho tiempo dos hombres, uno llamado Fredeca, cajero de la Sociedad de los emigrados; el otro uno que acaba de llegar de San Petersburgo, y al cual no conocemos todavía. Este último trajo á Loris una carta de su hermano Valeriano Ipanoff, capitán de la guardia en el regimiento de Preobrajeuski. (Fedora mira á Gretch. Este consulta las notas de su cartera.)

FED. ¡Ah! ¿Conque Valeriano se mezcla también en estos asuntos? (Abre la carta y escribe.) Continúa.

GRETCH Desgraciadamente, la conversación que han sostenido no la conocemos. El detalle de la

carta lo hemos sabido porque antes de llegar Loris, los dos hombres que le esperaban, dispuestos á marcharse sin verle, dijeron al criado: «Advierta usted al señor Ipanof que mañana volveremos para verle y entregarle una carta de su hermano, que se encuentra bien.» Lo único que mi agente ha podido averiguar es que el recién llegado de San Petersburgo regresa mañana á dicha ciudad.

FED. (Volviendo á coger la pluma.) ¿Y cómo se llama ese hombre?

GRETCH (Mirando la cartera.) Ivan Sokoleff.

FED. (Escribiendo.) Ivan Sokoleff. ¿Y no hay más?

GRETCH Nada más; pero lo dicho basta para computar que entre esos hombres é Ipanoff hay complicidad. Otra nueva prueba.

FED. (Doblando la carta y poniéndola en el sobre, que cierra.) Pues bien, mi jornada ha sido más productiva que la vuestra. Yo tengo en mi poder todas las pruebas posibles. (Tocando el timbre.) Ipanoff ha confesado.

GRETCH ¿Su crimen?

FED. Su crimen.

ESCENA IV

DICHOS. MARKA y BASILIO, que aparecen al mismo tiempo

FED. (A Basilio.) Tarass, ¿se ha acostado?

BAS. Sí, señora, y los marineros también.

FED. Despiértalos á todos y diles que se pongan á las órdenes del señor Gretch, á quien obedecerán como á mí, ciegamente.

BAS. Está bien, excelencia.

FED. Di en seguida al portero que apague, se acueste y duerma esta noche profundamente, sin alarmarse por ningún ruido que pudiera oir en el jardín. ¿Comprendes?

BAS. Sí, excelencia.

FED. Después subes á tu cuarto y te acuestas vestido, para bajar al primer aviso.

ESCENA V

FEDORA y GRETCH

FED. ¿Cuántos hombres tienes?

GRETCH Tres, señora.

FED. Con los marinos de Tarass, sobra. (Dándole una llave.) Esta es la llave de la puertecilla que da al muelle. (Mirando la hora.) Loris entrará por esa puerta hacia la una. Atravesará el jardín y vendrá aquí. Cuando haya llegado á este salón, tú cierras la puerta del muelle, reunes á tus hombres y vienes silenciosamente á colocarte cerca de aquí.

GRETCH ¿En el vestíbulo?

FED. En el vestíbulo, donde esperas á que Ipanoff salga, y apenas franquee la puerta, os arrojáis sobre él y lo atáis. Tú, que tienes práctica de estas cosas, no necesitas que te diga más.

GRETCH Cumpliré las órdenes de la señora punto por punto.

FED. Cuando le tengáis sujeto, me avisáis. Uno de tus hombres se enterará de si el muelle y sus alrededores están solitarios. A las dos de la madrugada no pasa nadie por allí.

GRETCH Y de seguro que la policía no ha de estorbarnos.

FED. El *yacht* arribará al muelle; allí llevareis á Ipanoff, encerrándole en el camarote del fondo. En el *yacht* esperais que amanezca. Se encenderán las calderas y partiremos hacia las seis de la mañana, porque sería chocante hacerlo de noche. Sena abajo, iremos hasta el Havre, donde encontraremos la fragata rusa *Isabel*, que espera nuestra llegada. Nos dirigiremos á ella, y una vez entregado á bordo Loris, ya es nuestro. Tú volverás conmigo á París, desde donde marcharemos á San Petersburgo para hacer al prisionero los honores de la llegada.

GRETCH La tarea que la señora me anuncia, me alegra infinito, porque coincide con las nuevas instrucciones que he recibido de San Petersburgo.

FED. ¿Nuevas instrucciones?

GRETCH Yo creo que el general, irritado por los entorpecimientos que dificultan nuestra misión, teme las vacilaciones de su excelencia.

FED. ¿Desconfía de mí?

GRETCH Me conmina para que me apodere de Ipanoff, muerto ó vivo, en el plazo más breve posible.

FED. ¿Matarle?

GRETCH Perdón, señora; ejecutarle. El secuestro que la señora acaba de disponer me evita la penosa obligación de cumplir, aun contra la voluntad de su excelencia, las órdenes recibidas.

FED. Pues bien: Yariskine tendrá en su poder vivo á Ipanoff. Y ahora vete, porque el momento llega. ¡Ah! (Cogiendo la carta.) ¿Puedes disponer de uno de tus hombres?

GRETCH Sí, señora. Somos muchos.

FED. Pues que uno de ellos lleve esta carta á la Embajada, para que desde allí la envíen por el correo ordinario después de telegrafiar lo más importante. Es para el general Yariskine.

GRETCH El director de policía.

FED. Le doy cuenta de todo lo que sucede.

GRETCH (Toma la carta.) Está bien, señora.

FED. ¡Ah! Espera. (Se dirige hacia la puerta.) Sí, la puertecilla del muelle se ha cerrado. ¡Ahí está! ¡Viene! ¡Sal en seguida! (Gretch sale por donde entró. Fedora se dirige al foro al encuentro de Loris y se la ve en la oscuridad del vestíbulo destacar sobre el fondo claro del jardín donde Loris aparece. Ella le hace pasar, cierra después la puerta de la antecámara, y luego, cuando ambos están en escena, la del fondo.)

ESCENA VI

FEDORA y LORIS

FED. ¿No te ha visto nadie?

LORIS (Dejando el sombrero sobre una silla.) En el jardín, nadie, puedo asegurártelo; pero en la calle...

FED. ¡Ah!

LORIS Sería esta la vez primera que dejase de ir seguido por algún espía.

FED. ¿Has notado que te espían?

LORIS Constantemente. No doy un paso sin que me sigan. No recibo una carta que no haya sido abierta antes de llegar á mis manos.

FED. Hay, en efecto, una policía de Yariskine que vigila á los emigrados.

LORIS (Quitándose los guantes.) A los nihilistas, lo comprendo; pero á mí, ¿por qué?

FED. Siendo uno de ellos, es natural.

LORIS ¿Yo? ¿Nihilista yo?

FED. Sí.

LORIS ¡Qué equivocación tan grande! También en la Embajada están en ese error. Han visto en mi casa libros... Escritos que reclaman reformas urgentes, y ante tales datos se me ha tomado por un conspirador. ¡Bah! No hay nada de eso. Tal creencia es infundada.

FED. (Con asombro.) ¿Tú no eres nihilista?

LORIS No, no lo soy.

FED. ¿Esa muerte de Wladimiro, ¿no era una venganza?

LORIS (Con cierta excitación.) ¿Política?

FED. Sí.

LORIS ¡Qué idea! ¡Una venganza política! Yo maté á Wladimiro por una mujer.

FED. ¿Por una mujer? (Con el mismo asombro.)

LORIS La mía.

FED. ¡Tú...!

LORIS Mi mujer, sí, mi legítima, mi propia mujer.

FED. (Mirándole con asombro.) ¿Tu mujer?

LORIS Noto en tu cara señales de asombro. ¡Es que no conoces todavía una gran amargura de mi vida! Quiero revelarte por entero mi secreto. Escucha. (Se sientan ambos.) Mi madre estaba ya enferma. Vivía en una de sus posesiones, adonde mi hermano y yo, en épocas distintas, íbamos á pasar con ella gran parte del año. En la primavera última, cuando fuí á ver á mi madre, la encontré acompañada por una señorita de Varsovia que se llamaba Wanda, y que le servía de lectora. Aquella mujer elegante, hermosa, de una belleza encantadora, produjo en mi

espíritu una verdadera fascinación, á la cual contribuía mucho la soledad del castillo donde vivía mi madre. Me enamoré de Wanda, y la ofrecí mi mano. Mi pobre madre, al observar mi impresión amorosa, me advirtió que aquellas relaciones le disgustaban y que se opondría á mi matrimonio con la joven, á quien despidió para qué regresase á su casa de Varsovia. Al partir Wanda puesta de acuerdo conmigo, marchó á San Petersburgo para esperarme. En San Petersburgo ocurrió lo que tenía que suceder, lo que aun me enloquece. Por respetos á mi madre, cuyo hotel ocupaba yo, no instalé en él á Wanda. Habitaba ella de un modo provisional en una casa muy próxima á la mía esperando siempre que al fin lograríamos vencer la resistencia materna. Realicé una segunda tentativa, que también resultó inútil. La mujer de mis amores, llorosa, suplicante, exigía de mí justa reparación, y yo me resolví á concedérsela, uniéndome con ella ante Dios. La ceremonia religiosa se celebró en secreto, sirviendo de testigos, por mi parte, dos amigos míos, y sin que pudiera lograr la presencia de mi hermano, el cual, á pesar del cariño que siempre me tuvo, censuraba duramente mi proceder. Como era necesario también que á Wanda acompañasen otros dos testigos, me presentó como tales á dos personas á quienes había conocido en San Petersburgo. Uno de los testigos era un personaje indiferente, el otro era Wladimiro Andrevitch. A los quince días de verificado mi matrimonio empezó á chocarme que Wladimiro, con el cual, por vivir enfrente de mi casa, mantenía yo algunas relaciones, era un asiduo visitante de mi esposa. Advertí á esta la necesidad de poner término á tan indiscretas asiduidades, y Wanda, sin replicar, prometióme acceder á mis deseos, disipando todos mis recelos. Por mi parte traté desde entonces con manifiesta frialdad á Wladimiro, y nuestras relaciones amistosas quedaron interrumpidas. Y llego ya á la noche terrible,

á la fatal noche que ha cambiado la suerte de toda mi vida, y cuyo recuerdo produce en mi alma á la vez relampagueos de rabia y estremecimientos de profundo dolor. (sigue pensativo.)

FED. Sigue.

LORIS En la noche á que me refiero, tenía yo el propósito de salir de San Petersburgo, para ir á pasar con mi madre las fiestas de Navidad. Al separarme de Wanda, quedóse ésta afligidísima por mi ausencia que había de durar una semana. Encontrábame ya en la estación, cuando antes de partir noté que en casa había dejado, por olvido, un encargo de mi madre. Tomé de nuevo el coche, aplazando mi viaje para el tren siguiente, y me dirigí hacia mi casa. Al llegar á la puerta, ví salir de casa de Wladimiro á la doncella de mi mujer. Al verme la muchacha, quiso ocultarse... Yo salté desde el carruaje á tierra, cogí de un brazo violentamente á la criada de mi esposa, la hice subir á mi habitación, y allí, sobrecogida, aterrorizada, después de vacilaciones y de dudas acusadoras, la sirviente confesó la verdad... ¡Acababa de llevar una carta de Wanda.

FED ¿A Wladimiro?

LORIS A Wladimiro... Dejé encerrada en mi habitación á la doncella de mi mujer. Mis criados estaban ausentes... Atravieso después la calle, entro en casa de Wladimiro, llamo á su puerta... Estaba ausente. No había encontrado al hombre á quien buscaba, pero acaso podría obtener la carta, aquella maldita carta, que sin duda era testimonio fiel de mi deshonra. La criada, á quien arranqué el secreto, me confesó que Wladimiro, después de leer delante de ella la infame misiva, la había guardado en el cajón de un mueble, cuyas señas me dió. Entré en el despacho de Wladimiro con el pretexto de dejarle escritas cuatro palabras. Ví entreabierto el cajón del mueble á que se había referido la doncella de mi mujer. ¡La carta estaba allí! Con mano temblorosa me apoderé de ella. Salí de la casa, llevando en mi

poder aquella hoja infame, y apenas me ví en la calle, leí lo que decía. La esquela no estaba firmada, pero su letra me era harto conocida. Era la letra de Wanda, que citaba á su amante para áquella misma noche, ¡la primera noche de mi ausencia!

FED. ¿Una cita?

LORIS La carta decía: «Esta noche á las nueve, te espero donde sabes.» ¿Cuál era el lugar donde habían de encontrarse los ladrones de mi honor? La muchacha á quien yo arranqué el secreto de mi desgracia, aterrorizada me lo confesó todo. El sitio donde celebraban sus entrevistas los amantes, era un hotelito aislado, sin portería, que Wladimiro alquiló con nombre supuesto, fingiéndose estudiante, en una especie de pasaje, en un barrio apartado. La sirviente, á quien yo sorprendí y que servía de cómplice á Wladimiro, esperaba en la casa solitaria á mi mujer y á su amante, encargándose de cuidar aquel rincón olvidado, nido de amores adúlteros. Dos meses hacía que allí celebraban sus entrevistas Wladimiro y mi esposa. En todo ese tiempo y después de verificado mi matrimonio, en aquel recinto extraviado, encontrábanse para mofarse de mi honra la mujer infiel y el amigo desleal. (Mirando á Fedora.) Pero, ¿por qué me miras de ese modo?... ¡Estás pálida! ¿Qué te sucede?

FED Es que me pregunto si tengo delante de mí al más desgraciado ó al más infame de los hombres.

LORIS ¿Yo? ¿Qué dices?

FED. ¡Si mintieses!

LORIS ¿Yo?

FED. ¡Si fuese falso cuanto aseguras! Porque ¿quién puede demostrar que son ciertas tus revelaciones?

LORIS ¡El mismo!

FED. ¿Quién?

LORIS Wladimiro!

FED. ¿Wladimiro?

LORIS Tengo la prueba en mi poder. (Saca nerviosamente su cartera mientras habla.) Como compren-

derás, mi primer cuidado fué el de ir á casa de Wanda, donde recogí, forzando un mueble, las cartas de su amante.

FED ¿Las tienes?

LORIS (Tirando un paquete de cartas sobre la mesa.) Estas son, léelas.

FED. (Abriendo nerviosamente una de las cartas y leyendo.) «Mi querida Wanda.» (Aparte.) Su letra, sí. (Lee la carta demostrando la intensa emoción que le produce su contenido.) «Tu Wladimiro que te adora» y su retrato. ¡Era verdad! (Cayendo y tapándose la cara con las manos.) ¡Era verdad!

LORIS (Que durante este tiempo, sin fijarse en Fedora, ha ido abriendo las otras cartas.) Lee ésta... El infame se iba á casar... Léela. La escribió en la víspera de su muerte.

FED. (Leyendo.) «¿Te has vuelto loca, Wanda mía? ¡Qué importa que yo me case! ¿No estás casada tú también? Nuestros matrimonios no han de impedir que nos queramos con toda el alma. De sobra sabes que yo no haré mi boda por cariño. Mi padre exige que me case y yo no puedo resistirme á las exigencias de su carácter duro. Además, se impone la grave cuestión del porvenir de la fortuna.» (Interrumpiendo la lectura.) ¡De la fortuna! (Vuelve á leer.) «Por último, puedes tener la seguridad que yo no pronunciaré el sí con el corazón, sino por conveniencia. La mujer con quien yo me caso, no será nunca tu rival. Mi verdadera mujer, la que yo adoro con toda el alma eres tú, amor mío, tú sola.» (Loris, durante la lectura de la carta, repetirá frases de ella como siguiendo lo que dice Fedora.)

LORIS ¡Miserable!

FED ¡Ah! Sí. ¡Miserable! ¡Miserable!

LORIS ¡Ese era su Wladimiro! El que interrumpió mi sueño de felicidad; el preferido de mi esposa. (Con amarga ironía.) ¡Un alma noble! ¿Verdad? ¡Un caballero!

FED ¡Y á tal hombre consagré yo mis recuerdos! ¡Por tal hombre he llorado! ¡Y hasta le he querido vengar! (Mirando el retrato.) ¡Ser abyecto! Alma de cieno, corazón podrido. (Desgarra el retrato y tira los pedazos. Luego dirigiéndose á Loris.) Y ahora sigue tu relato. Me has con-

tado el descubrimiento de la culpa. Quiero oir también, de tus labios el castigo. Habla.

LORIS Recogí á la criada que servía de medianera, y acompañado por ella para que me guiase, fuimos en un coche á la casa, donde se celebraban las citas amorosas. Ella encendió las luces y lo preparó todo según su costumbre, cuando su ama asistía á las criminales entrevistas... Llegó la hora acordada... Nosotros estábamos en el vestíbulo, rodeados por la oscuridad. La criada apercibida para abrir la puerta cuando á ella llamasen, yo oculto en un rincón de la escalera. Advertí á aquella mujer que si al abrir á los culpables les decía la palabra más insignificante, ó les hacía el menor gesto, disparaba sobre ella con el revólver que mi mano empuñaba y con el cual había de realizar mi venganza. Inmóviles, silenciosos, esperamos la llegada de los amantes... Sonó el timbre... Era Wladimiro que acudía el primero á la cita... Entró con brusquedad, despojándose del gabán de pieles. ¿Está arriba la señora? —dijo á la criada.—Todavía no—le contestó ésta.—Subióse á la habitación del piso primero y durante algunos minutos, oí resonar sobre mi cabeza el rumor de sus pasos, que delataban la impaciencia del amante... Volvió á sonar el timbre... ¡Era ella!... Ella, sí. Entró animada, risueña, preguntando cínicamente: ¿está arriba? Y al oir la respuesta afirmativa, subió la escalera con prisa, alegre; yo oculto en mi rincón la sentí pasar, como una sombra. Escuché el roce de sus enaguas crujientes y me azotó el rostro una ráfaga de aire, el producido por el movimiento de su falda. Ya encerrados los dos amantes, despedí á la muchacha, entregándole un puñado de dinero y exigiéndole que desapareciese para siempre de aquellos parajes. Me obedeció, y apenas me encontré solo, subí buscando la estancia donde se encontraban los culpables. ¡Recordaré toda mi vida con verdadero espanto, la impresión de aquellos tristes, terribles dolorosos momentos! La puerta de la habitación,

donde Wanda y Wladimiro se habían resguardado, estaba cerrada, pero sin llave... Podía penetrar sin obstáculos de ningún género. Sorprender el vergonzoso idilio, apagar de una vez la sed de venganza que me ahogaba... Me puse á escuchar... Se oía la conversación de los dos amantes, frases dulces, apasionados juramentos, suspiros de amor, carcajadas alegres, y mezclado con todo esto, chasquidos de besos.

FED. (Interrumpiéndole.) No. De besos no hables. Sigue tu relato... sigue.

LORIS Oí pronunciar mi nombre. Wanda al oirle reía con una risa que era un nuevo ultraje; veía á la vez que estrechaba en sus brazos impúdicamente al que me había robado honra, paz y ventura, y aquella risa sonó en mis oídos como la sacudida de un látigo que me cruzara el rostro, y ciego, lleno de coraje, abrí de un golpe la puerta que me separaba de los adúlteros y quedé frente á frente de aquellos miserables.

FED. (Apoyándose en la mesa é irguiéndose con verdadera ansiedad.) ¡Bien! ¡Bien! ¿Y después? ¿Y después? ¡Cuenta!... ¡Cuéntamelo todo!

LORIS Ella se echó á mis plantas abrazada á mis rodillas, pidiéndome perdón. Separé con ímpetu sus brazos y la arrojé con violencia al suelo.—«¡Deja á esa mujer!»—me gritó Wladimiro.—Volvíme con furia hacia él; blandía en su mano un revólver, como yo.—«¡Defiéndete, cobarde!»—le dije.—Hizo fuego, me sentí herido, disparé en aquel instante y rodó sin vida el que había deshonrado la mía. ¡Con qué gozo le ví revolcarse en su propia sangre!

FED. (Con un grito de alegría salvaje.) ¡Por fin! ¡Le mataste! ¿Y á ella también? ¿A ella también? ¿Verdad?

LORIS ¡Ella!... huyó. Espantada... sin cubrir apenas su cuerpo, salió de aquella casa maldita y echó á correr, pisando la nieve, toda temblorosa por el miedo y por el frío de aquella noche glacial. Ocultóse en casa de su cómplice. Cayó enferma. Poco á poco se fué extinguiendo su existencia y hace seis se-

manas que ha muerto olvidada en su vergonzoso retiro.

FED. ¿Sin denunciarte?

LORIS No me han denunciado, ni ella ni la que conocía lo sucedido. Me ha salvado su participación en la muerte de Wladimiro. De haberme descubierto les hubiera costado ir á Siberia.

FED. Es verdad.

LORIS Nadie ha dicho una palabra, estoy seguro de ello. La Embajada no ha citado ni á un solo testigo. Yo fuí á aquella casa sin que nadie me viese. Al volver, después de realizar mi venganza, entré en mi habitación, me curé yo mismo la leve herida que me produjo Wladimiro, recogí mi equipaje, mis papeles, el dinero. Mis criados supusieron que emprendía el viaje retrasado por mi olvido. Me refugié en casa de Borof, desde donde, con las debidas precauciones, pude ganar la frontera. No me acusan, ni un solo testigo, ni el menor indicio, y, sin embargo, desde el primer instante las sospechas recaen sobre mí. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién las ha sugerido? ¿Acaso por haberme apoderado yo de la carta reveladora del secreto se ha supuesto que yo había matado á Wladimiro, lanzando sobre mí la turba de polizontes que me asedian? ¿Cuál es la maldita criatura que me ha denunciado? No lo sé. Lo que puedo asegurarte es que á todas horas me esfuerzo por averiguar quién ha sido el que me ha señalado á la persecución de los agentes rusos, y á pesar de mis esfuerzos no doy con el nombre del delator.

FED. Tienes razón. Es ella. Ella es la que te ha perdido.

LORIS ¿Pero quién? ¿Sospechas tú de alguien?

FED. (Con viveza.) ¡Ah! No; de nadie. ¡Desgraciado! ¡Tienes razón! ¡Cuánto mal te han hecho!

LORIS No es esto todo. Esta noche he recibido una carta de mi hermano... ¡Mis bienes están confiscados! ¡Me han condenado en rebeldía!

FED. ¡Condenado!

LORIS ¡A muerte!

FED. (Emocionada.) ¡A muerte!

LORIS La miseria no me importa; los bienes perdidos pueden recobrarse. Lo que me entristece es que tendré que consumir mi vida en el destierro. ¡No volveré á ver nunca á mis amigos! ¡No volveré á ver á aquellas personas á quienes idolatro! ¡Mi hermano! ¡Tan bueno para mí... á pesar de mis locuras!... ¡Mi pobre madre, á quien tantos pesares he producido! ¡Madre mía! ¡Se encuentra enferma, paralítica! ¡Fedora de mi alma! ¡Tú comprenderás esta suprema angustia que me sobrecoge! ¡Mi madre, inmovilizada por cruel enfermedad, no puede venir á verme donde estoy, y yo no puedo ir á estrecharla entre mis brazos! ¡Mi desgracia acelerará su fin próximo y yo no me encontraré á su lado para recoger su último suspiro, para estampar en su frente el beso postrero, para cerrar sus ojos entenebrecidos por la muerte!... ¡Soy hombre y comprendo que necesito revestirme de valor; (Con emoción.) pero hay trances en que las penas pueden más que nuestra energía y en los cuales sin querer brotan las lágrimas y el llanto nos ahoga. (Fedora se acerca á él y le coge las manos. Loris se recobra momentáneamente.) ¡Oh! No tengas cuidado, fué un momento de debilidad. Vuelvo á recobrar el valor perdido... ¡Comprende mi situación! ¡Comprende lo terrible del estado en que me veo! ¡La herida es muy honda y está muy reciente... y además no es vergonzoso, no, llorar por lo que yo lloro! (Se sienta y llora.)

FED. (Sin darse cuenta de lo que hace se arrodilla ante él.) ¡Perdóname... Loris!

LORIS (Cogiéndole las manos.) ¿De qué he de perdonarte?

FED ¡Yo te creí culpable! ¡Yo te he acusado! ¡Te he calumniado!

LORIS ¡Tú no podías adivinar la verdad!

FED. ¡Debí presentirla! (Estrechando las manos á Loris.) ¡Pero ya verás, ya verás con qué afán, con qué solicitud procuro salvarte!

LORIS ¡Salvarme! ¿Y cómo?

FED. (De pie y recogiendo las cartas.) Y estas cartas, ellas descubren el secreto. Las llevaré yo misma, las enseñaré.

LORIS ¿A quién?

FED. A Yariskine. Puedo probarle...

LORIS ¡Que yo he matado á su hijo por una mujer!

FED. ¡La tuya!

LORIS Y Yariskine dirá: «¡El mató á mi hijo y yo vengaré su muerte!»

FED. Es verdad; pero el Emperador... puede perdonarte.

LORIS ¿A un nihilista?

FED. Tú no lo eres.

LORIS ¿Y cómo demostrarlo? (Pausa.) ¡Nada podemos hacer! ¡Todo ha concluído! ¡Todo!

FED. ¡Pero quiero salvarte! ¡Lo ansío!

LORIS No te esfuerces, es imposible. ¡Ya te debo bastante, vida mía! ¡Sólo un rayo de luz me consuela en mi destierro! ¡Ese consuelo eres tú. (Poniéndose en pie.) y también voy á perderle!

FED. ¿Perderle?

LORIS ¡Te vas!

FED. ¿Pero acaso voy á partir ahora? ¡Oh! Ya no parto.

LORIS ¡Y qué importa! ¡No puedo unir mi vida con la tuya!

FED. ¿Por qué?

LORIS Tú estabas desterrada como yo. Nuestras posiciones, nuestras fortunas, eran iguales. Has obtenido el perdón, eres rica, de alcurnia elevada. Yo estoy condenado á muerte, arruinado, sin patria, sin familia, sin honor y sin bienes.

FED. ¡Tu deshonra y tu ruina! Dos infamias que yo repararé.

LORIS ¡Si no está en tu mano conseguirlo!

FED. (Impulsada á revelar lo que sucede.) Esa reparación depende de mí. (Recobrándose)

LORIS ¿Qué dices?

FED. Sí, depende de mí. ¡Tengo derecho á intentarla! ¿Quién puede impedírmelo?

LORIS A tí te corresponde ofrecerme tu apoyo. ¡A mí el rehusarlo, el arrancarme del corazón el cariño que por ti siento!

FED. ¡No será tan grande cuando desatiendes sus impulsos!

LORIS ¡Calla! ¡No diga eso! ¡Separémonos pronto

y mañana... mañana volveremos á vernos, á vernos por última vez quizá!

FED. ¿Dónde vas?

LORIS A mi casa.

FED. (Aparte.) ¡Salir! ¡Y los otros que le aguardan, que le acechan! (Alto.) ¿Vas á salir? ¿Ahora?

LORIS ¡Claro que sí!

FED. Es imposible. Tú no puedes salir. Yo no quiero que salgas.

LORIS ¿Por qué?

FED. Esos polizontes, de los cuales hablabas hace poco, los que te siguen constantemente, están ahí fuera.

LORIS ¿Y qué?

FED. Acechando tu salida.

LORIS Como siempre. ¡Me los encontraré á la puerta y me seguirán como de costumbre! ¡Acaso sea conveniente que me vean! (Va á coger su sombrero.)

FED. (Aparte.) Gretch le matará. (Impidiéndole el paso.) Se apoderarán de tí.

LORIS ¡Tal alevosía! ¡No harán eso! Estoy en un país libre y al amparo de sus leyes.

FED. ¡Esos hombres se atreven á todo!

LORIS No los temo.

FED. Yo sí. ¡Por Dios! ¡Quédate! Saldrás al despuntar el día... Pero ahora no.

LORIS ¡Pasar aquí contigo la noche! Imposible.

FED. (Acercándose á él.) ¿Por qué?

LORIS (Emocionado de ver cerca á Fedora.) Ya me he entretenido bastante. Deja.

FED. (Casi en sus brazos.) ¿Por qué he de dejarte? ¿Por qué?

LORIS (Con pasión.) Porque es una locura esto que hacemos, una locura que podría sernos fatal á los dos. Porque á pesar de que mi voluntad me dice ¡calla! voy á declararme vencido, voy á gritar así, junto á tu oído, con todas las fuerzas de mi alma, ¡te adoro! Porque yo no debo, porque yo no puedo permanecer junto á tí, porque me siento arrebatado, enloquecido por tu hermosura. Por eso, vida mía, por eso me voy.

FED. (Reteniéndole.) ¡Loris, no! ¡Todavía no!

LORIS Pero, desgraciada, bastante hago luchando contra mis propios deseos. Ayúdame á ven-

cerlos, ayúdame para que pueda abandonarte.

FED. Estás condenado á muerte, y si ellos te matasen...!

LORIS (Desprendiéndose de ella.) ¡Basta ya! (Al ir hasta la puerta, Fedora se interpone entre ella y Loris.)

FED. No quiero que salgas. No quiero. ¿Lo entiendes bien? ¡Nó quiero! (Con ternura.) ¡Te lo suplico! Tengo miedo, un miedo espantoso. Temo que detrás de esa puerta te esté acechando un peligro mortal para tí... ¡para los dos!

LORIS ¡Qué idea!

FED. Y además, Loris mío, ¿qué te importa permanecer á mi lado hasta que venga el día? ¡Hazlo por mí! ¡Son dos horas nada más!

LORIS Es que quiero evitar tu deshonor. Si esos espías, como supones, aguardan mi salida, y ven que paso á tu lado la noche entera, creerán que soy tu amante.

FED. ¡Y qué me importa que lo crean!

LORIS ¡Tú el amante de un asesino! ¡De un nihilista! ¡De un condenado á muerte! ¡De Ipanoff! ¿Pero no comprendes, loca, que así destruyes el perdón que acabas de recibir? ¿Que te acarreas un nuevo destierro, esta vez implacable, y que todo eso significa tu fortuna secuestrada, confiscada como la mía, y con ello la ruina, la miseria y la deshonra?

FED. Con tal de que no salgas no me importa.

LORIS A mí sí.

FED. ¡Loris! ¿Qué puedo hacer yo para retenerte? ¿No comprendes, insensato, que corres á tu perdición? ¡Yo te suplico, cuanto puede suplicar una mujer y tú te empeñas en separarte de mis brazos! ¡Y aun dices que me amas!

LORIS (Con pasión.) ¡Oh, sí! ¡Te amo! Te amo con locura... como no he amado nunca.

FED. (Andando hacia Loris, el cual va retrocediendo para evitar su contacto.) No, tú no me amas así. Es falso...

LORIS ¡No digas eso! ¡No me vuelvas loco!

FED. No, no. Tú no me quieres.

LORIS ¡Sí, te adoro! ¡Te amo de tal manera que sería capaz de olvidarlo todo por tí!

FED. (Con alegría.) ¡Repite eso que acabas de decir! Repítelo. ¡Que tú lo olvidarás todo por mí! ¡Repítelo!

LORIS ¡Fedora! Tus ojos me embriagan, tus manos me queman. ¿Dónde me arrastras?

FED. Repítelo. No tendrás que echar de menos ni tu patria perdida, ni tu existencia feliz, ni el amor de los tuyos; nada en el mundo, nada. Es verdad, es verdad.

LORIS ¡Tú te pierdes!

FED. Yo te salvo. Dime de nuevo que en mis brazos nada has de echar de menos.

LORIS ¡Oh! ¡Yo te adoro!

FED. Entonces, quédate. ¡Aquí! ¡Conmigo!

LORIS ¡Alma mía! (Se arroja en sus brazos.)

TELON

ACTO CUARTO

Saloncito elegantemente amueblado del primer piso de la casa de Fedora. En el fondo tres ventanas, que dan á una galería. La ventana de enmedio está abierta, y al través de ella se ven el jardín y los árboles del muelle. A la derecha la puerta de entrada. A la izquierda puerta del cuarto de Fedora. Gran mesa á la derecha, un sofá á la izquierda. Son las cinco de la tarde.

ESCENA PRIMERA

SIRIEX y CONDESA OLGA. Siriex está sentado hojeando un libro

OLGA ¿El señor de Siriex aquí?

SIRIEX Ya lo ve usted. Muy buenas tardes, señora condesa.

OLGA ¡Qué particular es usted! Promete ir por mi casa todos los miércoles y hace quince días que no logramos verle por allí.

SIRIEX Los quehaceres de la instalación. Yo le juro que el próximo miércoles...

OLGA ¡Oh ingratitud de los hombres! ¿Y la princesa, no está en casa?

SIRIEX Sí está; me ha rogado que la espere, porque va á cambiar de vestido. Acaba de regresar de un viaje.

OLGA (Riendo.) Sí... Viaje de novios.

SIRIEX Eso dicen.

OLGA ¿También á usted se lo han contado en secreto? No diremos que están mal informados los hombres importantes de la política, pero en este caso, el secreto lo es á voces,

porque todo París pudo contemplar el suceso ocurrido el jueves tres del corriente á las dos de la tarde. La princesa se embarcó en su *yatch* acompañada de Loris Ipanoff, y después la galera bogó hacia Cytherea.

SIRIEX Pero, ¿qué ha ocurrido?

OLGA ¿Qué ha ocurrido? Pues un rapto... Antonio y Cleopatra... Después de todo, ella ha hecho muy bien.

SIRIEX Sin embargo...

OLGA ¿No es viuda y libre la princesa? ¡Como yo Pues entonces no engaña á nadie.

SIRIEX Bien, pero...

OLGA Nada, nada, que lo que ella ha hecho es naturalísimo y que tiene mucho de original su breve luna de miel, disfrutada á bordo de un precioso buque de vapor.

SIRIEX A mí me parece que los dos se han excedido.

OLGA (Riendo.) No lo dude usted, se han excedido.

SIRIEX Maliciosa... quise decir...

OLGA ¡Basta de críticas! ¡El amor!... Ya no queda en el mundo más que eso.

SIRIEX Pero me parece, condesa, que usted; tratándose del amor, nada tiene que envidiar á nadie.

OLGA ¡Ay, amigo! ¡Si viera usted qué triste es mi vida ahora!

SIRIEX ¿Cómo? ¿Y el gran artista?

OLGA ¡Wenceslao! Otra decepción.

SIRIEX ¿De veras?

OLGA Es mi destino. Todas mis ilusiones se marchitan. Ya usted sabe qué distinguido, qué apasionado era Wenceslao.

SIRIEX ¡Oh! Muchísimo.

OLGA Caballeroso hasta la exageración, tierno, zalamero, delicado, cou una delicadeza de mujer.

SIRIEX Magnífico.

OLGA Además, bajo su apariencia fría y ceremoniosa, ocultaba un corazón ardiente, apasionado, un verdadero volcán.

SIRIEX ¿Pues entonces?...

OLGA ¡Ay, que al mismo tiempo que era vehemente para el amor era un celoso extraordinario! Yo no podía salir, ni tener visitas,

ni escribir una sola carta sin que no se me apareciese Wenceslao con el gesto amenazador y la mirada centelleante, preguntándome, ¿dónde va usted? ¿qué persona la visita? ¿para quién es esa carta?... Desde hace tiempo me importunaba continuamente para que yo le dejase registrar el *secretaire* donde guardo mis papeles. Excuso decir á usted que yo me negaba con toda franqueza á satisfacer su capricho. Pues bien, no sé cuándo ni cómo, se procuró una llave de mi armario, y al entrar yo el lunes en mi casa, encontré á mi artista delante del mueble enterándose de todas mis cartas y papeles. Al contemplar aquel cuadro me enfurecí. Confieso que hube de excederme en mis insultos. Ya ve usted, hasta le llamé..

SIRIEX ¿Ladrón?

OLGA No, le llamé esclavo.

SIRIEX Eso es muy fuerte.

OLGA El no replicó palabra. Se levantó me dirigió una mirada terrible, cogió el sombrero y se fué. Apenas salió, yo misma empezé á discul parle ante mis ojos. ¡Pobre muchacho!—me dije.—Después de todo es perdonable su acción. Los celos son la salsa del amor. De manera que al iniciarse nuestra riña pensé reconciliarme con él. Le esperaba á la hora de la comida, porque él comía casi siempre en casa. Dieron las ocho, dieron las nueve, y no aparecí. Envié á buscarle y me contestaron que se había marchado de París.

SIRIEX ¿Una fuga?

OLGA A Ginebra.

SIRIEX ¿A Ginebra?

OLGA Sí, señor. Después recibí por el correo una carta suya declarando concluídas nuestras relaciones. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué desolación! ¿Adivina usted los motivos que ha tenido para abandonarme?

SIRIEX Si usted quiere, yo le daré mi opinión. Ya sabe usted que soy aficionado á descifrar charadas.

OLGA Veamos.

SIRIEX ¿Recuerda los términos en que estaba escrita la carta de despedida?

OLGA Me la sé de memoria. La he leído más de cien veces.

SIRIEX Pues recítemela usted.

OLGA «Querida condesa: La observación de su conducta, sus relaciones, sus costumbres y su carácter, y además el examen minucioso de su correspondencia que acabo de hacer, me permiten afirmar que cometería un gran error tomándola á usted en serio.» (Interrumpiendo el recitado.) ¡Habráse visto insolencia!

SIRIEX Continúe usted.

OLGA (Continuando.) «En serio... Reconozo que es usted una mujer adorable.»

SIRIEX ¡Rectifica!

OLGA ¿Sí? Aguarde usted. «Adorable, pero la consume á usted el afán de les emociones ficticias, y ese afán le lleva á mezclarse en política, como en tantas otras cosas, por el solo deseo de hacer niñerías. Nuestras relaciones no tienen, pues, razón de ser; que no quede de ellas, por lo que á usted se refiere, más que el dulce recuerdo que yo guardo por mi parte.»

SIRIEX Muy bien.

OLGA ¿Qué quiere decir esto? ¿Lo entiende usted?

SIRIEX Me da miedo comprenderlo.

OLGA ¿Pues de qué se trata?

SIRIEX De un asunto delicadísimo. ¿Tendrá usted fortaleza?

OLGA Soy de hierro.

SIRIEX ¿No se desmayará usted?

OLGA Yo no me desmayo nunca; las emociones, en vez de hacerme perder el sentido, me excitan.

SIRIEX Pues bien, amiga mía. Wenceslao no era un enamorado, sino un agente policíaco.

OLGA ¿Un espía? (Levantándose asombrada.)

SIRIEX Ruso.

OLGA ¿Un espía ruso?

SIRIEX O polaco, lo mismo da. Un agente encargado de observar á usted de cerca, y que ha satisfecho cumplidamente su misión.

OLGA (Con emoción afectada.) ¡Ah, bribón! ¡Ah, canalla! Y yo le he amado... ¡Oh!

SIRIEX Vamos, condesa.

OLGA No, no es nada. Ya pasó... Los nervios.

SIRIEX (Da con sus manos golpecitos en las de Olga.) ¡Valor, energía!

OLGA (Después de hacer un movimiento, como si le hubiese costado dificultad tragar.) ¡Ah! Ya me encuentro mejor. Tenía usted razón, me he emocionado por primera vez.

SIRIEX ¿No le agradan á usted las emociones?

OLGA ¡Ah, sí! Pero no tan fuertes.

SIRIEX Lo comprendo. Después de todo, Lasinki era un hombre apasionado.

OLGA ¡No la sabe usted bien!

SIRIEX Me lo figuro.

OLGA ¡Miserable esbirro!

SIRIEX ¿Y de fijo no ha descubierto nada?

OLGA ¡Oh, nada! Nada de política.

SIRIEX Entonces no se hable más de tal cuestión.

OLGA Sobre todo, eso. No quiero oir hablar más del asunto. Confío en su discreción amigo mío.

SIRIEX Ya usted sabe que soy discreto.

OLGA (Estrechándole la mano.) Sí.

SIRIEX Lo que usted debe hacer es...

OLGA Borrar por completo el recuerdo de ese amor.

SIRIEX Eso es.

OLGA Sustituyéndole con otro.

SIRIEX Admirablemente.

ESCENA II

DICHOS y FEDORA

FED. Buenos días, condesa.

OLGA ¿Qué tal el viaje?

FED. Muy bien. (A Siriex.) Buenos días, querido amigo.

OLGA ¿Ha ido usted?...

FED. ¿Quiere una taza de té?

OLGA No tengo tiempo. Me perdonarán que me marche en seguida, después de hacerle una petición.

FED. ¿Quiere usted té, señor de Siriex?

SIRIEX No, señora. Desde que estuve en Rusia he aborrecido esa infusión.

FED. Veamos lo que desea, condesa.

OLGA ¿Supongo que permanecerá usted entre nosotros algún tiempo?

FED. Creo que sí.

OLGA Pues entonces quiero que me conceda el honor de comer conmigo el jueves.

FED. ¿El jueves? Con mucho gusto.

OLGA Pues ya sabe usted, á las siete y media. Supongo, Siriex, que usted nos acompañará.

SIRIEX Condesa ..

OLGA Desde luego le prohibo que busque pretexto para excusarse en la odiosa política.

FED. ¿Odia usted ahora la política?

OLGA La he tomado un horror... (Dirigiéndose á Siriex.) Conque hasta el jueves.

SIRIEX Hasta el jueves.

OLGA He invitado también á Loris. Supongo que la presencia de usted (Señalando á Fedora.) no le impedirá aceptar mi convite.

FED. (Tranquilamente.) Creo que no.

OLGA Entonces quedamos en que usted asistirá.

FED. Sí.

OLGA Y perdonen que me vaya tan pronto. La modista me espera. Adiós, Siriex... (A Fedora.) Yo escribiré á Loris, pero no deje de recordarle mi invitación si le ve usted por *casualidad.*

FED. Espero verle hoy, pero no por casualidad.

OLGA Ya... ¡Que sea enhorabuena! Tiene usted razón, querida amiga. Hay que dejar á la gente que hable cuanto quiera. Los que murmuran lo hacen por envidia. Hasta el jueves. (Vase Olga.) Hasta el jueves sin falta.

ESCENA III

FEDORA y SIRIEX

FED. Gracias á Dios que esa loca nos deja hablar. ¡Qué cambio tan grande desde la última vez que nos vimos! ¿Verdad?

SIRIEX (Sonriendo.) En efecto.

FED. ¿Usted vino el día de mi marcha?

SIRIEX A la hora convenida.

FED. ¿Y le dieron mi carta?

SIRIEX Con la cual lo comprendí todo.

FED. ¿Le produciría una gran sorpresa?

SIRIEX No, señora. De los compatriotas de usted nada me sorprende. ¡Llamó usted á mi hombre para matarle y se dejó caer en sus brazos enamorada! Tal mudanza nos asombra á los occidentales, pero es naturalísima considerada desde el punto de vista oriental.

FED. ¡Y si conociese los detalles le sorprendería más el cambio!

SIRIEX ¿De manera que usted está enamorada de Loris?

FED. Con toda mi alma. ¡Acabo de pasar con él los quince días más felices de mi vida!

SIRIEX Celebro mucho el idílico desenlace de la aventura, y ya ve con cuanta razón le advertía que anduviese con tiento en sus planes de venganza.

FED. ¡Ojalá le hubiera hecho caso! Me habría ahorrado muchas pesadumbres y muchos remordimientos.

SIRIEX ¡Pesadumbres! ¿Cuáles?

FED. ¿Que cuáles? Las que me produce el pensar cuánto he trabajado por perder á Loris. ¿Cree usted que soy feliz ahora? Pues, no; no soy feliz. Mi dicha no es completa. Hay mucha amargura en mi placer. El destierro, la ruina de Ipanoff son obra mía, sin contar con los peligros que le amenazan por mi causa. ¿Y aún le admira á usted el cariño que por él siento? Pues si es lo más natural del mundo. ¡Me han llevado tantas cosas á quererle... con locura! Su vida tan infortunada, mis remordimientos, su dolor, el mío, el ardiente deseo de reparar mi culpa y de merecer su perdón, y como al cabo y al fin soy mujer, el amor que por mí sentía y que me colma de ventura. Por eso me he abandonado en sus brazos ciega de pasión; por eso me he rendido por entero á sus caricias.

SIRIEX ¿De manera que usted no le ha dicho nada de lo sucedido?

FED. ¡Confesarle yo que tiene sus bienes confiscados y que está condenado á muerte por culpa mía! ¡Oh, no! ¡Ahora, no! ¡Acaso más tarde, cuando, á fuerza de abnegaciones y

de sacrificios, esté segura de que me perdonará.

SIRIEX Tengo la esperanza de que podrá usted conseguirlo.

FED. Lo espero yo también. ¡Me es tan agradable tener tales ilusiones! ¿Usted conoce á Borof?

SIRIEX Sí; tuve ocasión de verle hace quince días en casa de la condesa.

FED. Es verdad. Entonces se iba á San Petersburgo.

SIRIEX Sí.

FED. Pues bien; Borof, que es un amigo íntimo de Loris, el que le procuró su evasión de San Petersburgo, su único confidente, está gestionando en Rusia un perdón acerca del cual Loris no se hace grandes ilusiones; pero, en fin, veremos si conseguimos algo, Borof por una parte y yo por otra. El padre de Borof, que es general y fué profesor de equitación del zar, nos ayuda en la noble empresa. El Emperador quiere mucho á su antiguo maestro y nosotros confiamos en este cariño para conseguir la salvación de Loris; pero entretanto el peligro subsiste.

SIRIEX No, tranquilícese usted; Yariskine no tiene el poder que usted le supone. Precisamente vengo, princesa, á darle dos noticias de carácter distinto: buena la una y la otra mala, muy mala.

FED. (Alarmada.) ¿Mala? ¿Cuáles son? Pronto.

SIRIEX Empecemos por la buena. Según un telegrama recibido en el Ministerio, Yariskine no es ya director de Policía.

FED. ¿Destituído?

SIRIEX Cayó en desgracia, y hasta se dice que se encuentra preso.

FED. (Con alegría.) ¿El? ¡Qué felicidad!

SIRIEX El amigo por quien tanto se interesa, nada tiene que temer ahora. Es indudable que su causa se revisará y que el perdón le será concedido.

FED. (Cogiéndole las manos.) ¡Ay, amigo mío! Con su noticia me proporciona usted una dicha inmensa. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

SIRIEX Y puesto que ya le he participado las nuevas agradables, le comunicaré las tristes.

FED. ¿Las tristes? Ya me había olvidado de ellas.

SIRIEX Pues existen, por desgracia.

FED. ¿Puede entristecerme nada, después de lo que acabo de oir?

SIRIEX Mucho me lo temo; pero, en fin, usted juzgará.

FED. Hable sin más preámbulos.

SIRIEX Son varios los motivos de la desgracia en que ha caído Yariskine. Hace diez días, sobre poco más ó menos, que por orden suya fueron encarcelados dos hombres. El uno, conducido á casa de Yariskine para que se le interrogase, ha desaparecido sin que hasta la fecha nadie haya vuelto á saber cuál sea su paradero. Al otro, á quien se encerró en uno de los calabozos hundidos junto á la orilla del río, se le ha encontrado hace tres días ahogado por una de las frecuentes crecidas del Neva.

FED. (Emocionada.) ¡Oh, qué muerte tan espantosa!

SIRIEX Estos dos hombres, detenidos por nihilistas y como cómplices del asesinato de Wladimiro... (Movimiento de Fedora, cuya ansiedad aumenta.) eran: el desaparecido, un pobre muchacho de veinte años llamado Socolef. (Nuevo movimiento de Fedora.) El ahogado se llamaba Valeriano Ipanoff.

FED. ¡El hermano! ¡Jesús! (Con terror.)

SIRIEX Sí. El hermano de Loris.

FED. (Aterrada.) ¡Su hermano! ¡Su hermano, Dios mío!

SIRIEX Aun hay más. Las desgracias han sido mayores. La madre de Loris y de Valeriano Ipanoff, que se encontraba achacosa y enferma, al conocer el desventurado fin de su hijo...

FED. ¿Ha muerto? (Con un grito de suprema ansiedad.)

SIRIEX De repente.

FED. ¡También su madre! ¡También ella! ¡Qué horror! ¡Su madre!

SIRIEX Cuanto acabo de decir á usted es cierto. Las noticias se han confirmado por la Embajada. (Fedora se deja caer desfallecida.) Perdóneme el pesar que le ocasiono con mis tristes referencias... Pero era imprescindible que usted supiese lo ocurrido.

FED. ¡Dios mío! ¡Qué he hecho yo! ¡Infortunada de mí!

SIRIEX ¿Usted...?

FED. (Con voz balbuciente.) ¡Sí, yo! ¡Yo misma! ¡Infame!

SIRIEX El autor de tan tremendos males ha sido Yariskine.

FED. No. ¡He sido yo! Enloquecida, ebria de odio y de venganza, me dejó usted en aquel instante, que de seguro recordará. A poco de despedirse usted de mí, Gretch me indicó sus sospechas acerca de las dos personas, de los dos infelices que han sido víctimas de Yariskine, al cual, en una carta que le escribí le envié los dos nombres.

SIRIEX ¿Sus nombres?

FED. ¡Sus nombres! Sí, y el infame Yariskine, explotando mi locura, ha saciado su furor en los inocentes cuando yo le arrebataba su presa ¡Ah, tigre!

SIRIEX ¡Por favor! ¡Cálmese usted? (Dándole la mano.)

FED. ¡Qué gran generosidad la suya! ¡Todavía tiende usted su mano de amigo á esta miserable delatora, á esta espía!

SIRIEX (Sentándose á su lado.) Vuelvo á suplicarla que tenga calma, serenidad. ¿Puede acaso Loris averiguar la participación de usted en la espantosa tragedia de su familia?

FED. (Espantada.) ¡El!

SIRIEX Sí.

FED. ¡No! ¡Sería horrible que él lo supiese! ¿Por quién ha de averiguarlo?

SIRIEX Pues entonces recobre usted su calma. Lo importante es que él no sepa nada.

FED. ¡Si así no ocurriera, yo me mataría!

SIRIEX ¡Vamos, valor! no lo sabrá.

FED. No lo sabrá, pero yo viviré siempre con el temor de que llegue á sus oídos el terrible secreto. No lo sabrá, pero esta tremenda desdicha se interpondrá siempre entre Loris y yo, para hacer imposible mi ventura. Todas las noches en la oscuridad veré la sombra del desgraciado Valeriano, que sumido en su calabozo, al ver que el río le inunda grita, llama desesperadamente, lucha contra la muerte, y hasta creeré que

mis manos aferradas á su garganta le hunden en el agua, impidiéndole respirar! ¡Ah! ¡Tenía usted razón! ¡Maldita sea la venganza, porque se revuelve y hiere al mismo que la emplea!

SIRIEX ¡Cuidado! ¡Es él!

FED. ¿Loris?

SIRIEX ¡Oigo hablar!

FED. ¡Dios mío! ¡Sabrá que su madre ha muerto!

SIRIEX No. A juzgar por el tono de su voz, aun ignora su desgracia. Yo suplico á usted que se calme, es preciso conservar la serenidad,

FED. Sí, eso haré. (Impiándose los ojos.)

ESCENA IV

DICHOS y LORIS, á quien acompaña BAUTISTA, y después se retira

LORIS (Dirigiéndose hacia Fedora.) Vengo antes de lo que pensaba. (Al notar la presencia de Siriex y saludándole con gran cortesía.) ¡Ah! Perdone usted, señor.

FED. (Esforzándose por aparecer serena y haciendo la presentación.) El señor Siriex.

LORIS Creo haber tenido el gusto de verle en casa de la condesa Soukareff.

SIRIEX Hablando estábamos de usted, y la princesa, que me honra con su confianza, me ponía en antecedentes acerca de los graves contratiempos que usted sufre. La amistad que con la princesa me une puede ser garantía del afecto conque sinceramente me ofrezco al señor Ipanoff.

LORIS Afecto que yo estimo de todo corazón y al cual correspondo con el mío.

SIRIEX Ya sabe que puede disponer de mí en cuanto le sea necesario. Una indicación suya será para mí siempre un mandato. (Saluda y vase.)

LORIS (Estrechándole la mano.) Gracias.

SIRIEX (Acercándose á Fedora. A sus órdenes. (Aparte.) ¡Animo!

ESCENA V

FEDORA y LORIS

LORIS Es muy simpático este hombre.

FED. Muy simpático, sí.

LORIS ¿Te sorprende el volverme á ver tan pronto? Pues yo te explicaré el motivo. Creí que tendría en casa mis cartas, pero parece que están aquí.

FED. ¡Ah!

LORIS Sí, una ocurrencia de mi criado. Durante nuestro viaje se recibió para mí un telegrama. Comprendiendo mi ayuda de cámara que se trataba de una cosa urgente, vino á preguntar á tu mayordomo dónde podría enviarme el despacho. (Con jovialidad.) ¡Ya ves que nuestras relaciones no están ocultas! Tu mayordomo se guardó el telegrama y tres cartas que con él llegaron, y como yo al desembarcar me fuí directamente á casa, impaciente por saber noticias de San Petersburgo, no quise esperar á que me enviasen los papeles aquí depositados.

FED. ¿De manera que vienes?...

LORIS Pues ya lo has oído; á recoger mi correspondencia y, si me lo permites, á enterarme de ella inmediatamente. Supongo que el telegrama es de mi hermano. (Movimiento de Fedora.) Llevo quince días sin tener noticias suyas, sin tenerlas tampoco de mi madre. Comprenderás mi impaciencia. Sólo por ti, Fedora mía, he podido olvidar durante tanto tiempo á los seres que me son tan queridos. (Cogiéndole las manos.) Sí; me tienes hechizado. Apenas hace media hora que me separé de de ti, y ese tiempo me ha parecido un siglo. Al encontrarme solo en la calle, lejos de tu lado, he sentido á mi alrededor la impresión del vacío, y no he cesado de recordar tu nombre. ¡Y es que te adoro con toda el alma! ¿Me quieres tú lo mismo que yo te quiero, Fedora mía? ¿Has sentido, como

yo, impresión dolorosa de angustia al separarnos?

FED. Yo...

LORIS ¿Qué te sucede? ¿Estás preocupoda? ¿Te hastía nuestra felicidad?

FED. ¡Quien piensa sólo en la felicidad evoca la desgracia!

LORIS (Besándole las manos.) ¡Vaya una máxima! ¿Eres supersticiosa? (Basilio entra con las cartas y el telegrama, que deja sobre la mesa; después vase.) ¿Me permites que lea?....

FED. (Mirando las cartas con temor.) ¿Leer? Sí. ¿Por qué no?

LORIS (Cogiendo el telegrama.) El telegrama lo primero. Debe de ser de mi hermano... Pues no; es de Borof. (Leyendo con gran alegría.) «Conseguido tu perdón.»

FED. (Con alegría.) ¡Tu perdóu!

LORIS Bien claro lo dice. Tu perdón. Con todas sus letras. ¡Ah, Borof! ¡Amigo del alma! ¡Triunfaste y tu triunfo me produce alegría infinita que me rebosa del alma! ¡Fedora mía! ¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad tan inesperada! ¡Reconquisto mi honor, mi fortuna! ¡Ya puedo quererte á la luz del día, dignamente, con entera libertad! ¡Ya puedo ser tuyo sin sospechas que me avergüencen y sin vacilaciones que me desanimen! ¡Qué ventura tan grande! ¿Verdad, Fedora? ¡Qué dicha tan inmensa! Pero, ¿qué? Tú estás seria. ¿No participas de mi satisfacción? ¿Qué te sucede?

FED. No, nada, nada. Supersticiones, como tú dices. Es que... desconfío siempre de conseguir la felicidad completa.

LORIS ¿Por qué? ¿Por qué dices eso?

FED. ¡Es tan difícil en el mundo lograr una dicha duradera! Ese telegrama, no dice nada más?

LORIS Sí, algo más dice.

FED. (Con inquietud.) ¡Ah!

LORIS (Leyendo con asombro.) «Tengo también la carta.»

FED. (Con inquietud.) ¿La carta?

LORIS Sí, aquí lo dice. «¡La carta!» ¿Qué carta será esa? (Continuando la lectura.) «Salgo para París,

donde estaré el diecisiete. Apenas llegue iré á tu casa.» ¿El diecisiete? ¿Es hoy, verdad?

FED. Sí, hoy.

LORIS Claro; jueves, diecisiete. El telegrama es del catorce. (Mirando su reloj.) Son las cinco. Quizá Borof ha venido ya. Acaso se encuentre en mi casa. (Va á coger el sombrero.)

FED. ¿Te marchas?

LORIS (Con alegría y acercándose á Fedora.) El amor es tan egoista que hace olvidarlo todo. (Volviendo á coger el telegrama.) Pero, ¿cómo no dice nada de mi hermano? ¡Ah! Me dejaba las cartas. (Mirando una.) Sí, el sello es de San Petersburgo y tampoco es de Valeriano; también es de Borof.

FED. ¿De Borof?

LORIS La carta ha precedido al telegrama. Veamos lo que dice: (Leyendo.) «San Petersburgo, diez.» ¿Ves? Lo que yo suponía. «Amigo Loris: No he querido escribirte hasta poder participarte noticias agradables. Prescindo de pormenores y voy á relatar el hecho concreto. Mi padre ha visto al Emperador, interceciendo por ti tan calurosamente como si de mi propia persona se tratase, y procurando convencerle de que estabas injustamente condenado como nihilista. La petición se formuló á tiempo, porque precisamente el Emperador estaba irritadísimo contra el impostor Yariskine, encargado de inventar conspiraciones nihilistas para hacerse el indispensable. Llamado el director de Policía ante el Zar, exclamó: «¡Ipanoff condena»do injustamente, cuando poseo la prueba »escrita de su crimen!» (Movimiento de espanto en Fedora, que seguirá manifestándose durante toda la lectura de la carta.) «La confesión y el nom»bre de sus cómplices constan en una carta »que hoy mismo tendré el honor de poner »en manos de Vuestra Majestad.» (Interrumpiendo la lectura.) ¡Habla de mis cómplices ese miserable! (Reanudando la lectura.) «Efectiva»mente, aquella misma tarde Yariskine en»tregó al Emperador una carta de París.» (Fedora, aterrada, escucha la lectura, apoyándose en los muebles, enjugándose el sudor que corre por su

frente y dando muestras de una emoción intensísima.) «En la cual se te denuncia por haber tú »mismo confesado que asesinaste á Wladi»miro, realizando una venganza política, »con la complicidad de Socoleff y de tu her»mano Valeriano.» (Interrumpiendo la lectura.) ¡Qué infamia! ¡El pobre Valeriano y Socoleff, á quien únicamente conocía por haberme traído noticias suyas! (Reanuda la lectura, sin fijarse en la alteración de Fedora.) «El Empe»rador ha enseñado á mi padre la carta que »le entregó Yariskine. Es de una mujer.» (Interrumpiendo la lectura.) ¡Una mujer! (Sigue leyendo.) «Una rusa que vive en París y que »se firma con el diminutivo de su nombre, »que no te digo hasta no convencerme de »que es el de la persona de quien yo sospe»cho, porque en estos asuntos un error sería »muy grave. Mi padre no se da por venci»do. La desgracia de Yariskine es casi segu»ra. En cuanto caiga de su puesto obtendre»mos tu perdón y la carta de esa espía que »te ha delatado. Si ocurre alguna novedad, »recibirás un telegrama.» (Interrumpiendo la lectura.) Ahora comprendo de qué carta me hablaba en su despacho. Es la de esa mujer. Borof la trae. La conoceremos y ya verás cómo esa espía es la misma que me denunció en San Petersburgo. (Fedora, falta de fuerzas, cae sentada.) Aún hay más; reanuda su carta y me escribe el once, es decir, al día siguiente: «Mi »querido Loris: Nunca pude suponer que ten»dría necesidad de abrir esta carta para dar»te en ella terribles noticias. Antes de leer los »renglones que á éste siguen, procura, mi que»rido amigo, conservar la entereza necesaria »para resistir los terribles golpes del infortu»nio.» (Sin leer.) ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿De qué se trata? (Sigue leyendo.) «Siento no estar »á tu lado en estos instantes, cuando la des»gracia te asesta dos golpes tremendos.» (Sigue leyendo con creciente ansiedad, de la cual Fedora participa.) «Exasperado por el feliz éxito de las ges»tiones de mi padre, el miserable Yariskine »encarceló á tu hermano.» (Interrumpiendo la lectura.) ¡Valeriano preso! (Loris sigue recorriendo

con ansiedad los renglones de la carta. Fedora se levanta, observando con gran emoción los movimientos de Loris.) ¡La fortaleza!... ¡El calabozo!... ¡La noche!... (Un grito desgarrador.) ¡Qué horror! ¡Valeriano muerto!... ¡Y mi madre! ¡Mi madre también!... ¡Madre mía! (Cae anonadado.) ¡Madre de mi alma!

FED. (Abrazándole.) ¡Loris de mi vida!

LORIS ¡Los dos á la vez! ¡De un solo golpe se me arrebatan seres á los que amé con toda mi alma. ¡Dios mío! ¡Cómo pones á prueba la resistencia de mi corazón!

FED. ¡Loris!

LORIS ¡Perdona, Fedora! Perdona que en estos momentos no piense ni en nuestro amor, ni en las dichas que me brindan tus brazos. ¡Ya ves cuán grande es mi desgracia! ¡Mi madre, mi pobre madre, muerta súbitamente, herida sin duda por el pesar que le causara el trágico fin de Valeriano! Y mi desgraciado hermano, el que tanto me amaba, ahogado en el calabozo donde le encerraron infames y crueles vengadores, muerto también sin que nadie le socorriese, sin que le pudieran defender ni su valor ni mi cariño... ¡Oh! ¡Esto es horrible, muy horrible, tremendo! ¡Si me parece mentira; me parece que es un sueño monstruoso, una pesadilla, una tremenda pesadilla! ¡Y, sin embargo, esta aquí escrito; mis ojos lo ven; no lo puedo dudar! ¡Es verdad, es verdad! ¡Mira, Fedora, léelo tú también; léelo para que comprendas lo inmenso, lo anonadador de mi desgracia! (Sollozando amargamente.)

FED. ¡Por Dios, Loris! ¡Por nuestro cariño! ¡Ten valor, ten calma! (Se acerca á él, le abraza, le enjuga los ojos; después, como rendida por el dolor, se deja caer cerca de Loris.)

LORIS ¡Me estaban esperando! ¡Iba á verles! ¡Qué abrazos tan apretados pensaba dar á mi madre, después de mi doloroso destierro! En mi imaginación forjábame la escena que habría de ocurrir cuando volviese á ver á mi viejecita, á la que tanto suspiró por su hijo, la que tantas lágrimas derramó por él... ¡Ya no la veré más! Nunca más! Ni

abrazos apretados, ni besos largos, ni lágrimas de alegría. Tras de mi libertad, que me hizo pensar en la ventura, la soledad más desconsoladora, la eterna separación de la muerte. ¡Decías bien, Fedora, decías bien! Era mucha mi felicidad para que fuese duradera. (Pausa.) ¡Pero lo que aumenta mi dolor es el pensar que mi hermano y mi madre han muerto por mi causa y han sido víctimas de la implacable venganza que me persigue! ¡Matar á dos inocentes para satisfacer odios que yo he producido! ¡Ah, verdugo! ¡Con qué satisfacción, si te tuviera al alcance de mi mano, estrujaría tu cuello para arrancarte la existencia que has empleado en daño de quienes fueron el amor de mi vida! Y esa mujer, esa misma mujer que me ha denunciado, (Poniéndose de pie con rabia.) vive aquí, acaso la he visto alguna vez, quizás paso junto á ella. ¡Ah! Daría mi salvación por verla! ¡Quisiera tenerla frente á frente! ¡Y la tendré, la tendré! ¡La he de encontrar aunque se esconda en el mismo infierno! (Fedora, instintivamente, se ha ido alejando de Loris.) ¡Pero no te separes, no te alejes de mí, Fedora! ¡No me abandones, por Dios! ¡Es el tuyo el único amor que me queda en el mundo! ¡Necesito sentir tus manos entre las mías; necesito que tus lágrimas se mezclen con las que vierten mis ojos! ¡Ven aquí! ¡Ven á mis brazos! ¡Mitiga mis angustias! ¡Calma mis penas! ¡Soy muy desgraciado! (Queda con el rostro oculto entre las manos.)

ESCENA VI

DICHOS y BASILIO

BAS. El ayuda de cámara del señor conde está ahí. Dice espera al señor en su casa un amigo que acaba de llegar de San Petersburgo. (Entregándole una tarjeta que coge y lee Fedora.)

FED. ¡Borof!

BAS. El amigo del señor conde espera. Parece que el asunto es muy urgente.

LORIS (Levantándose con esfuerzo.) Allá voy.

FED. (Con viveza.) ¿Vas á salir en el estado en que te encuentras? Aguarda.

LORIS Tengo que ir.

FED. ¡Tú que hablabas de no separarnos! Di que venga aquí tu amigo. Recíbele en esta misma casa. No salgas ahora, no salgas. Yo te lo ruego.

LORIS Tienes razón. (A Basilio.) ¿Ha traído coche Julián?

BAS. Sí.

LORIS Pues entonces, que ruegue al señor Borof, en nombre mío, que tenga la bondad de venir aquí á verme. En coche poco puede tardar, cuestión de cinco minutos.

BAS. Está bien. (Vase.)

ESCENA VII

FEDORA y LORIS

FED. (Aparte.) ¡Cinco minutos! ¡Qué pronto pasan, qué pronto!

LORIS (Releyéndola carta.) ¡Por fin voy á saber quién eres, miserable espía!

FED. ¿Una espía?

LORIS ¿Y qué otra cosa puede ser?

FED. ¡Quién sabe! Acaso alguna desgraciada.

LORIS ¡Tú la defiendes!

FED. ¡Oh! ¡Yo, no! ¡Eso, no! ¡Ni pensarlo! ¡Bien sabe Dios que yo no trato de defenderla! Esa mujer ha sido muy culpable, tan culpable, que busco la explicación de su conducta, porque acaso pudiera encontrarse algún motivo que atenuara su infamia; que hiciese posible su perdón...

LORIS ¿Su perdón? (Con furor.)

FED. Para tener, al menos, piedad de ella. Sin duda se trata de una miserable, de una extraviada, que acaso intentó vengarse.

LORIS ¿De mí? ¿Por qué?

FED. No. Te repito que yo no la defiendo, pero... después de todo, la venganza no es tan monstruosa, tan repugnante como el espionaje.

LORIS Y si la venganza ha movido á esa miserable, ¿por qué la ha realizado contra mi hermano y contra mi madre?

FED. ¡Oh, sí! ¡Eso es horrible! ¡Espantoso! ¡Tienes razón! Pero los que se vengan enloquecen, pierden la conciencia de sus actos y la locura atenúa su culpa.

LORIS (Que ha oído pararse un coche á la puerta de la casa, se levanta y corre hacia la ventana.) ¡Un coche!

FED. (Deteniéndole.) No. Un instante todavía. Espera, escúchame. Yo te lo suplico. Acaso esa mujer, cuyo nombre vas á descubrir ahora, amaba á Wladimiro. (Movimiento de Loris.) ¿No es esto posible? ¿No se explicaría de esta manera lo ocurrido?

LORIS ¿Qué dices? ¿Luego tú sabías?

FED. No. Yo no sé nada. ¿Cómo iba á saber yo? ¡Qué idea! Comprende que yo, como mujer, compadezco á esa infeliz criatura á quien quieres matar. Si fuera verdad lo que yo presumo, merecería perdón, (Movimiento de furor de Loris.) compasión por lo menos. Tú mataste al hombre á quien amaba, con razón, eso sí; pero ella te odió y te denunció. Eso es loco, es infame, es inicuo; pero el arrebato y el odio explican su conducta y atenúan su crimen.

LORIS ¡Borof viene!

FED. (Aparte.) ¡Dios mío! ¡El llega, y mi muerte también, llega también!

LORIS No, no es él.

FED. Escúchame otro momento, oye, por Dios, lo que te digo. Si esa mujer, desesperada, arrepentida del mal que ha hecho, se arrojase á tus pies, se acercase á ti suplicante, tú, ¿no la perdonarías?

LORIS (Queriendo levantarse.) ¡No! ¡Jamás!

FED (Reteniéndole.) ¡No digas eso!

LORIS No, no la perdonaría nunca.

FED. (Acercándose á él y abrazándole.) ¡Loris mío! Tú no puedes ser cruel, implacable, porque eres generoso y bueno. Si ella cayese ante tus plantas llorosa, desesperada, ofreciéndote su vida entera como expiación de su crimen y pidiéndote perdón, te conozco bien, Loris mío, tu piedad se lo otorgaría. No

digas que no. Yo estoy segura de que la perdonabas.

LORIS (Levantándose.) Sí. (Alegría de Fedora.) ¡Después de matarla! (Va hacia la ventana.)

FED. (Aparte.) (¡No hay remedio! ¡Estoy perdida! ¡Me matará, me matará! ¡Oh! ¡El no!) ¡Espera! ¡Todavía no! ¡Yo te lo suplico, Loris mío!

LORIS (Deteniéndola y sin comprender.) ¿Por qué?

FED. ¡La última palabra!

LORIS ¿Cuál?

FED Perdona á esa infeliz.

LORIS (Con una vaga sospecha.) ¿Pero insistes aún? Nunca.

FED. (Abrazándole.) ¡Por mí, hazlo por mí, yo te lo ruego!

LORIS (Mirándola fijamente y rechazándola.) ¿Te interesa mucho esa mujer, verdad?

FRD. Sí.

LORIS ¿Tú la conoces, eh? (Cogiéndola por los brazos.)

FED. Sí.

LORIS Y te atreves... (La mira fijamente, la atrae violentamente hacia sí. Ella cae arrodillada, mirándole con ojos espantados, á sus pies.) ¡Ah, miserable! ¿Eres tú?

FED. (Espantada.) ¡Perdón!

LORIS ¿Eres tú la que has asesinado á mi hermano y á mi madre?

FED. ¡Piedad! ¡Compasión!

LORIS ¡Y todo para vengar á ese canalla de Wladimiro, á tu Wladimiro, á tu amante! ¿No es eso? (Con rabia.) ¡A tu amante!

FED. ¡Perdóname! ¡Estaba loca!

LORIS Has sido delatora y verdugo, ¿verdad? Pues bien. ¡Déjame que yo concluya tu venganza y que acabe de saciar tu odio!

FED. ¡Mi odio! ¡Desgraciado! ¡Si yo te adoro! ¡Si por salvarte me entregué á tu amor!

LORIS Te entregaste á mí por perderme; porque si tú no me hubieras retenido yo habría escapado á tu venganza. ¡Espía! ¡Llegó tu hora!

FED. (Retrocediendo violentamente.) ¡Ah! ¡No! ¡Eso no! Por tu mano, no... ¿Quieres matarme?... ¡Yo misma cumpliré tu sentencia! (Se arranca el relicario del cuello y traga su contenido antes de que Loris pueda evitarlo.)

LORIS (Aterrado. Comprendiendo lo que Fedora acaba de

hacer.) ¿Qué has hecho, desgraciada? ¡Socorro!

FED. (Luchando con los efectos del veneno.) Es inútil... Siento que se acerca la muerte... ¡La ansío! (Atraviesa con dificultad la escena y se acerca á Loris.) Y ahora que estoy muriendo, ¿me perdonas? (Se arrodilla.)

LORIS (Levantándola en sus brazos.) Yo no quiero que mueras... No quiero... Borof te salvará.

FED. No... No hay remedio... Todo ha concluído. Y es mejor que así sea... Estando viva, siempre se interpondrían entre nosotros los fantasmas de tu madre y de tu hermano... Mejor es que nos separemos para siempre.

LORIS Yo quiero salvarte... Voy á buscar auxilio.

FED. (Reteniéndolo.) No... Me siento morir... (Tiritando.) ¡Tengo frío!... ¡Un frío glacial!.. ¡Préstame el calor de tus brazos!... ¡Déjame que apoyada sobre tu corazón, duerma para siempre... el sueño inacabable... en la noche eterna... Loris, ¿dónde estás? Ya no te veo. Tus manos... Tus labios.. ¡Deja que en ellos deposite mi alma entera! (Fedora coge la cabeza de Loris, la besa y muere.) ¡Ah!... (Cae desplomada.)

LORIS (Sollozando amargamente.) ¡Fedora! ¡Mi Fedora! ¡Muerta! ¡Muerta!

TELÓN

NOTA

Los traductores de FEDORA, cumplen con un deber de justicia dando públicamente gracias á los artistas del teatro de la Comedia, quienes cada uno en su esfera realzaron la producción escénica con los esfuerzos de sus talentos; á Rosario Pino, cuya modestia se resistía á interpretar la protagonista de esta obra en la cual ha cosechado merecidos laureles, y á Emilio Thuillier, que no solo con su inspiración artística sino también con la acertadísima dirección, ha logrado aplausos entusiastas, á los cuales suman los suyos

Félix G. Llana *J. Francos Rodríguez*

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.